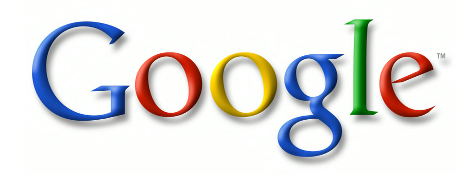
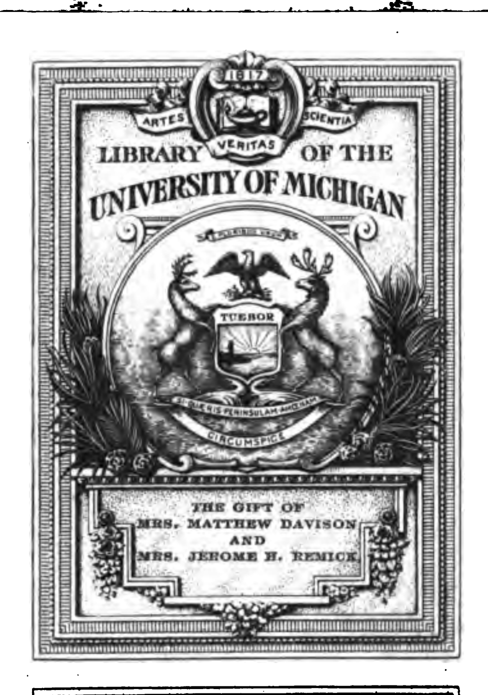
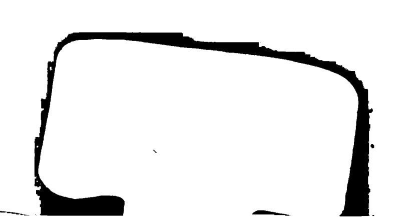

Google



1817
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE
THE GIFT OF
MRS. MATTHEW DAVISON
AND
MRS. JEROME H. REMICK



BIOGRAFIA

DE

JOSE TRINIDAD REYES

POR

RAMON ROSA





TEGUCIGALPA

Reimpreso en la Tipografía Nacional.—Av. Cervantes, Nº 42

1905

Al Sr. Fenton Mc. Creery, Ministro de los Estados Unidos de América en Honduras.

Respetuosamente.

Rómulo E. Durón.

11 de Julio de 1910.

A la Juventud Hondureña

SU VIEJO AMIGO,

Ramón Rosa.

INTRODUCCION

La América Central, que tan escasa producción literaria puede exhibir, cuenta, no obstante, con historiadores distinguidos.

Para no mentar sino á los más conspicuos, recordaremos los nombres de Don Alejandro Marure y Don José Milla que, con el Bosquejo Histórico de nuestras revoluciones y con la Historia de la América Central, supieron asegurarse el desinteresado aplauso de la posteridad.

También el notable prosador hondureño, á quien tanto deben las nacientes letras centro-americanas, hace tiempo que, como sazonado fruto de su brillante al par que sólida y bien encaminada labor literaria, viene dando á la estampa notabilísimos estudios históricos, tales como las Biografías de Don José Cecilio del Valle y Don Manuel Diéguez, el infortunado poeta.

Las bellas é inspiradas páginas que su maestra pluma, con la gallardía que le es peculiar, ha trazado en loor del virtuoso é ilustrado Sacerdote, fundador de la Universidad de Honduras, José Trinidad Reyes, llevan, como toda producción del Doctor Rosa, impreso el sello de su poderoso talento, y de sus raras dotes de escritor correcto y concienzudo.

Merced á estas relevantes cualidades el biógrafo, que expresa con gran sinceridad y fuerza sus ideas y sentimientos, hace surgir ante nuestros ojos la figura del Padre Reyes, animada, bondadosa, atrayente, y comprendemos el afecto y simpatía que en todos despertaba.

El don de gentes, que en alto grado poseía el popular poeta de las PASTORELAS, por obra del narrador perdura, atrae y cautiva á los lectores.

Júzguese del efecto que en las numerosas personas que conocieron y trataron al Padre Reyes produciría la deleitosa lectura de la

obra del Doctor Rosa, escrita al calor de sus más poéticos recuerdos de adolescente, y en la efusión de dulcísimas lágrimas que no queman, sino que como vivificador rocío, rejuvenecen y avigoran el alma.

El humilde y pobre hogar en que vino al mundo el Padre Reyes: las dificultades que á fuerza de constancia pudo allanar para adquirir los primeros rudimentos del saber: su peregrinación á Nicaragua en demanda de más nutritivo alimento intelectual: su salida del siglo y su entrada en el claustro, en donde, ni envidioso ni envidiado, merecía que se le aplicaran estos sencillos y hermosos versos del Maestro León:

No tiene desconsuelo
Ni puede entristecerle cosa alguna,
Porque es Dios su consuelo;
Ni la baja fortuna
Con su mudable rueda le importuna:

su vuelta á esta ciudad, en el año 1828: su abnegada consagración al ejercicio de su ministerio evangelizador: la benéfica influencia social que día por día fué cobrando, gracias á su tacto y á las notables prendas de su inteligencia y de su corazón: las huellas de su ardiente caridad que por doquiera dejó: la desleal intriga que sus enemigos pusieron en juego para arrebatarle la sede episcopal de Comayagua, lo que dió origen á que resplandeciera mejor el oro de sus virtudes: la fundación del primer Establecimiento de enseñanza profesional que el ilustrado sacerdote, con el prestigio de su nombre, llevó á feliz término: los regocijados villancicos que compuso, y las aplaudidas é intencionadas Pastorelas que hacía representar; en suma, cuanto contribuye á dar adecuada idea de una de las más preclaras glorias de Honduras y del tiempo en que brilló, aparece, de mano maestra, exhibido en la Biografía de que tratamos.

El tono laudatorio que predomina en el estudio del Señor Rosa, no empece á la justa y razonada censura. Cuando es necesario decir la verdad, el Doctor Rosa que comprende y practica los sagrados deberes del historiador, aunque lastimado de encontrar defectos en la conducta del Padre Reyes, los señala resueltamente y los con-

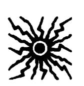
dena sin atenuaciones. Los atinados y severos juicios que expone, al tratar de la facilidad con que el poeta en sus versos denigraba hoy lo que ayer había celebrado, confirman nuestros asertos.

Aunque el trabajo del Doctor Rosa es principalmente histórico, y no crítico, no por eso deja de juzgar al Padre Reyes como Poeta. Con la competencia, que le es por todos reconocida, el biógrafo reconoce lo falso, lo convencional, lo pasajero de la poesía pastoril, género en que más se ejercitó el Padre Reyes. Si descubre muchas bellezas en las Pastorelas y demás composiciones, á fuer de justiciero, no oculta sino que señala sus graves defectos. Ojalá que el Doctor Rosa no abandone el proyecto de restablecer el texto desfigurado de las pastorelas, salvándolas, mediante la impresión, de nuevas y desastrosas alteraciones. Nadie podrá realizar, con mejor fortuna que él, esa dificultosísima tarea.

Sentimos que nuestros elogios estén destituídos de la autoridad que los hace estímulo y galardón de aquel á quien merecidamente se tributan. El Padre Reyes, gracias á su biógrafo, triunfará del olvido á que están condenados, en nuestros pueblos, los hombres más distinguidos, si no los endiosan torpemente nuestros ignorantes y desacreditados militarismos. El sacerdote ejemplar, el celoso propagador de las luces, el ornamento y orgullo de Tegucigalpa, el poeta nacional, tiene ya su Biografía. El cariño y el patriotismo aunados han hecho de esta obra de la inteligencia y del arte una valiosa y significativa ofrenda en que perpetuamente florece le recuerdo. Que la patria la consagre al más popular y querido de sus hijos !

Tegucigalpa, 4 de Julio de 1891.

JOSE VICENTE MARTINEZ.





BIOGRAFIA

DE

JOSE TRINIDAD REYES



FRAGMENTOS

de una lectura sobre la vida y obras del Pbro. Dr. José Trinidad Reyes, fundador de la Universidad de Honduras. (1)

Transcurría el año de 1854. En una pequeña casa, situada al costado de la extinguida iglesia de Nuestra Señora de la Concepción, comunicada con el templo por medio de la sacristía, se deslizaban risueños los días de mi infancia. Los sábados me causaban grande alegría, porque se celebraba en la vecina iglesia la misa de la Virgen. Al despuntar el alba, despertaba casi asustado por los bulliciosos repiques que convidaban á los fieles. En ese estado indeciso, intermedio de la vigilia y el sueño, recordaba que tenía un amigo cariñoso en la sacristía, y encaminábame á verle, sin ocuparme en perseguir, como otras veces, á los gorriones que revoloteaban en torno de las flores de un hojoso limonero que ornaba el estrecho patio de mi humilde hogar. Todo lo dejaba, sin sentimiento, por encaminarme ligero y alegre á la sacristía, que una mano amiga me dejaba entreabierta.

En el umbral situaba mi observatorio, y, ansioso, á cada momento asomaba la cabeza, para ver á mi amigo. De ordinario, veíale arrodillado, inmóvil, ante la dulce imagen de la Virgen, que, iluminada por la incierta luz de la mañana

---

(1) La lectura fué dada en la noche del 15 de Septiembre de 1878.—En vista de los apuntamientos que me sirvieron para hablar sobre la vida y obras de Reyes, he suprimido mucho de lo que dije, que era oportuno en una reunión pública y patriótica, pero que hoy sería impropio de un escrito biográfico.—En cambio, he aumentado considerables datos y juicios, que vienen bien en un trabajo de esta índole.—Hecha esta aclaración, debo agregar que la lectura reproducida, tal como la presento hoy, es, sustancialmente, la misma que pronuncié en la referida noche del 15 de Septiembre de 78.

INTRODUCCION

La América Central, que tan escasa producción literaria puede exhibir, cuenta, no obstante, con historiadores distinguidos.

Para no mentar sino á los más conspicuos, recordaremos los nombres de Don Alejandro Marure y Don José Milla que, con el Bosquejo Histórico de nuestras revoluciones y con la Historia de la América Central, supieron asegurarse el desinteresado aplauso de la posteridad.

También el notable prosador hondureño, á quien tanto deben las nacientes letras centro–americanas, hace tiempo que, como sazonado fruto de su brillante al par que sólida y bien encaminada labor literaria, viene dando á la estampa notabilísimos estudios históricos, tales como las Biografías de Don José Cecilio del Valle y Don Manuel Diéguez, el infortunado poeta.

Las bellas é inspiradas páginas que su maestra pluma, con la gallardía que le es peculiar, ha trazado en loor del virtuoso é ilustrado Sacerdote, fundador de la Universidad de Honduras, José Trinidad Reyes, llevan, como toda producción del Doctor Rosa, impreso el sello de su poderoso talento, y de sus raras dotes de escritor correcto y concienzudo.

Merced á estas relevantes cualidades el biógrafo, que expresa con gran sinceridad y fuerza sus ideas y sentimientos, hace surgir ante nuestros ojos la figura del Padre Reyes, animada, bondadosa, atrayente, y comprendemos el afecto y simpatía que en todos despertaba.

El don de gentes, que en alto grado poseía el popular poeta de las PASTORELAS, *por obra del narrador perdura, atrae y cautiva á los lectores.*

Júzguese del efecto que en las numerosas personas que conocieron y trataron al Padre Reyes produciría la deleitosa lectura de la

talentosa Señora, de quien dicen sus contemporáneos que no se podía discernir si valía más por sus muchas virtudes, ó por la solidez y brillo de su grande inteligencia.

Reyes no vino al mundo en brazos de la fortuna. Estaba destinado á sobrellevar el peso de contratiempos, de pobrezas y aun de miserias, pues los autores de sus días carecían de un nombre ilustre y de un rico patrimonio. Mas la naturaleza providente, que nada olvida, dióle, en compensación, las aptitudes musicales de su padre y la bondad y los talentos de su virtuosa madre. ¿Qué más patrimonio? Poseía, al nacer, valiosos bienes que no arrebatan las malas voluntades de los hombres ni los caprichos de la voluble suerte: bienes que van á donde va nuestro espíritu, y que desaparecen hasta que se pierden cerca de los lindes del sepulcro, cuando también se pierde el último aliento de la vida.

Los primeros años de Reyes corrieron en humilde y apartado hogar, como pasa la infancia de los hijos de los pobres. Para él no había la solicitud cariñosa ni las exquisitas atenciones de la sociedad, que prodiga elogios, obsequios y mimos al hijo del poderoso; para él no había bonitos y variados vestidos, ni numerosos y lindos juguetes; pero se indemnizaba, de todo esto, con las caricias constantes de sus padres, que son los presentes que los pobres ofrecen á sus hijos, como para compensarles, á fuerza de ternura, los halagos que les niega la esquiva fortuna.

Cuando hubo llegado á la edad de recibir la instrucción rudimental, primer alimento del alma, sus padres atendieron con empeño á este objeto. Tomaron, para sí, el cargo de instruirle en la moral y en el arte de la música, y, á la vez, le confiaron á las señoritas Gómez,—por antonomasia

---

mismo, á quien puso por nombre José Trinidad, hijo legítimo y de legítimo matrimonio de Felipe Santiago Reyes y de María Francisca Sevilla.—Fué su madrina Doña María Josefa Arau Renechea, quien quedó advertida de su obligación y espiritual parentesco, y firmé.—Juan Francisco Márquez.

llamadas "las maestras,"—quienes le enseñaron la lectura y la doctrina cristiana. Tal era la enseñanza primaria de la época.

Felices fueron los ensayos del niño, en orden á su instrucción primaria. Dócil, aplicado, inteligentísimo, aprendió, en breve, todo lo que había que aprender en la pequeña esfera de la escuela de aquellos tiempos. Desde temprano, el el pobre niño hizo la revelación de que en su alma estaba encerrado, como el polen fecundante en el botón de la flor, el germen de un gran porvenir.

Instruido en la modesta escuela de las maestras Gómez, Reyes divisó, aunque en vaga lontananza, nuevos y dilatados horizontes. Aspiraba á una instrucción superior, al comercio de la inteligencia con los productores y propagadores de las luces del saber. Por desgracia, imperaban, á la sazón, en Honduras, las viejas instituciones coloniales con sus desigualdades y privilegios, sostenidos por la autoridad de monarcas absolutos que lo eran por derecho divino. Reyes, el niño desvalido, quería, con afán, aprender la sabia lengua latina; y, sin embargo, ¡no le era dado poseer la lengua del Lacio! ¿Por falta de recursos? No. ¿Por falta de maestros? Menos. ¿Por falta de aptitudes? Mucho menos. ¿Por qué, entonces? Porque lo prohibían las leyes y las costumbres de aquellos tiempos; porque Reyes no se había mecido en cuna dorada; porque Reyes carecía de viejos pergaminos; en una palabra,—¡porque Reyes no era noble! Sólo á los hijos de los nobles era permitido instruirse en ciencias y letras, en el Colegio Tridentino de la ciudad de Comayagua, asiento de la Gobernación de la Provincia. ¡Funesta influencia la de aquellas instituciones, que, con su manto de tinieblas envolvían el espíritu de los hijos del pueblo, para que no brillase la luz de sus ingenios! La justiciera historia se ha encargado ya de condenar tamaño crimen.

Está reservado siempre al carácter y al genio vencer las resistencias, por formidables que se les opongan. Reyes tenía ambas dotes; perseveró en su propósito, con aquella fe

suya, candorosa y jamás entibiada, que había de asegurarle el éxito en las rudas batallas de la vida: y hubo la feliz circunstancia de que, por aquel tiempo, 1812, permaneciese en el convento de Nuestra Señora de las Mercedes el Reverendo Padre Fray Juan Altamirano, quien, cediendo á sus generosos sentimientos, y á despecho de las preocupaciones reinantes, enseñó á Reyes el idioma latino. Más tarde, el discípulo pagó á su maestro la deuda de gratitud que había contraído, dedicando á su memoria sentidos versos, ¡flores y lágrimas del poeta agradecido, flores y lágrimas regadas sobre la tumba de su bienhechor inolvidable!

En parte, estaban satisfechas las aspiraciones del joven Reyes. Conocía el idioma latino y el arte de la música, y conocía además, el arte del dibujo, que aprendiera bajo la dirección de Don Rafael U. Martínez, pintor guatemalteco que vino á Tegucigalpa á ejecutar algunas obras. Pero nuevos tropiezos encontró en su penosa carrera. En su país no podía dedicarse á estudios profesionales: y contaba ya diez y ocho años, edad en que se aspira noblemente á alcanzar un puesto honroso en el mundo: edad, también, en que se atesoran las más grandes esperanzas y las más caras ilusiones.

Para abrirse paso en el camino de las letras, y en lucha con mil dificultades que le ofrecía la pobreza, convino con sus padres en dirigirse á la Provincia de Nicaragua, á fin de hacer sus estudios superiores en la Universidad de León, que por entónces florecía. El 20 de Enero de 1815, Reyes, bajo la guarda de un buen labrador del barrio de la Plazuela, llamado Miguel Alvarez, y acompañado de los devotos que iban en romería al Pueblo de El Viejo, se encaminó á la vecina provincia nicaragüense. Reyes era el pobre peregrino, que iba, á otro suelo, á ofrecer sus votos en el santuario de la ciencia: sus acompañantes eran peregrinos, también, que iban á ofrecer, á la *Virgen del Viejo,* los votos de su fe religiosa. Impulsaba á Reyes la idea; á sus compañeros el místico sentimiento. Así viaja la humanidad, por los mismos caminos, pero con fines distintos. ¡Más dichosos, siempre,

aquellos que peregrinan, en la vida, llevando muchos ideales en la mente, ó mucho amor en el corazón!

A los pocos días, el joven estudiante, aquejado, más que por el cansancio, por los dolores de la ausencia del hogar paterno y de la tierra nativa, llegó á la populosa ciudad de León. Se hospedó en casa de Don José María Guerrero, padre del virtuoso presbítero é instruido Doctor del mismo nombre, donde fué recibido como uno de la familia. La austeridad de su vida, la dulzura de su carácter, la distinción de sus modales, su versación en las artes y su aptitud para las ciencias, franqueáronle, de pronto, las puertas de la hospitalaria sociedad leonesa, y le captaron el aprecio sincero de las personas más distinguidas, entre las que figuraba Fray Nicolás García y Jerez, á la sazón Obispo de Nicaragua.

La actividad y la atención de Reyes estaban dedicadas al estudio. Perfeccionaba sus conocimientos en el castellano y el latín, cursaba filosofía, después cánones y teología, y al mismo tiempo estudiaba matemáticas, para lo cual iba, diariamente, al Cuartel de Artillería, á recibir lecciones de Don Manuel Dávila, acreditado artillero que, más tarde, trajo al país el General Morazán, y quien, con su valor y pericia, contribuyó al buen éxito de la famosa batalla de la Trinidad, librada en 1827. Las pocas horas que podía robar al estudio, las empleaba en ayudar, en la Catedral y otras iglesias al Señor Guerrero, en sus oficios de maestro de Capilla. Así cultivaba, cada vez más, el arte musical, y hallaba un recurso para satisfacer sus necesidades, y para auxiliar, en lo posible, á sus padres, necesitados de los recuerdos y del apoyo del hijo ausente.

En la Catedral de León,—en aquel templo católico de sólida y deforme fábrica, de sombrías y espaciosas naves, de elevada y anchurosa cúpula, de cuadradas y ennegrecidas torres y de severo aspecto,—ahí el joven Reyes, contemplando las nubes de oloroso incienso, que se elevaban y se desvanecían y perdíanse en el azulado cielo; viendo los ama-

rillentos cirios de que partían múltiples rayos de luz, que se descomponían en los vidrios de las altas ventanas ó se quebraban en las columnas de las arqueadas naves, yendo á morir, con sus últimos reflejos, en las pupilas de los ángeles, al parecer animados y sonrientes sobre sus pedestales de perfumadas flores; oyendo las notas del órgano que, ya graves y solemnes, ya tiernas y dulcísimas, semejan voces, ayes del misticismo, lamentos y quejas de una religión que pide á lo alto luz para la tenebrosa conciencia, y paz y consuelo para el triste y lacerado corazón: ahí Reyes, con la sed de lo infinito, con las visiones extraordinarias de lo sublime, arrebatada su mente por el ideal divino, inflamado su corazón por el amor inmenso, envuelta toda su alma en mística atmósfera....ahí apartó los ojos de las miserias de la tierra, y volviólos al cielo; olvidóse de las instables glorias de la vida, y abismóse tan sólo en la eternidad de Dios; y quiso ser el ungido del Señor,—quiso ser Sacerdote.

Reyes tenía resuelta su vocación. Después de obtener brillantemente, con las calificaciones más honrosas, los títulos de Bachiller en Filosofía, Teología y Derecho canónico, pensó en poner los medios de seguir y terminar su carrera eclesiástica. Iba á ordenarse, á ver cumplidos los mandatos de su vocación. Pidió sus letras al Prelado de esta Diócesis, que lo era, en calidad de Vicario y Provisor, el señor Dean Don Juan Miguel Fiallos. El noble Dean rehusó al humilde Reyes sus letras, por el motivo, entonces muy poderoso, de que pertenecía á la clase de los plebeyos. ¡Qué decepción tan amarga para el pobre pretendiente! Era á manera del viajero fatigado que, después de atravesar un desierto de encendidas arenas, rinde al fin la jornada, con los pies manando sangre y los labios abrasados por la sed, y que, como el Nazareno, no encuentra ni en donde reclinar la desmayada cabeza. No obstante, Reyes no exhaló una sola queja. Resignado, dobló la cerviz ante la adversidad, y, grande en su desgracia, se limitó á escribir á sus afligidos padres, diciéndoles: "Si Dios me llama

al sacerdocio, no habrá quien se lo impida." Confió y esperó.

En trance tan difícil, en situación tan dolorosa, Fray Ramón Rojas, Guardián del Convento de Recoletos, de quien se dice que murió en *olor de santidad*, vino en ayuda de Reyes, que, aunque resignado, estaba profundamente entristecido por la negativa del Dean Fiallos. Rojas aceptó al pretendiente, como novicio, en el convento, quien logró ordenarse de menores el año de 19, de sub-diácono el de 21, y, hecha su profesión religiosa, de diácono y presbítero el de 22, recibiendo las sagradas órdenes de manos del Obispo García Jerez. Nicaragua reparó la falta de Honduras. Reyes satisfizo sus aspiraciones supremas; pero al hacerlo, fué con dejación del siglo y de su patria, necesitada ésta de sus luces, de su genio emprendedor y de sus edificantes virtudes.

La destructora y horrible anarquía que se desencadenó en el Estado de Nicaragua en el año de 1824, á la que puso término en 1825 el General Don Manuel José Arce, ex-presidente de Centro-América, obligó á Reyes y á sus compañeros los religiosos á emigrar á Guatemala, para incorporarse á la Comunidad de su orden, en el Convento magnífico de Recoletos de aquella hermosa y querida capital, donde, en el citado año de 25, fueron recibidos con la benevolencia propia del hogar hospitalario y de la fraternidad cristiana. En el convento de sus hermanos, Reyes, después de cumplir, con escrupulosidad ejemplar, sus deberes monásticos, dedicaba todo su tiempo sobrante al cultivo de las ciencias y de las artes. En la Biblioteca de los recoletos leía y releía las obras de los teólogos y canonistas, de los historiadores y oradores sagrados, de los filósofos, de los físicos, de los astrónomos y de los humanistas latinos, franceses y españoles; y, si daba esparcimientos á su ánimo paseándose por los amplios corredores de los claustros ó por las ricas y umbrosas huertas del convento, lo hacía, casi siempre, observando fenómenos celestes, como astrónomo, fenómenos metereo-

lógicos, como físico, y fenómenos de la vejetación y de la florescencia, como naturalista. Además, depuraba su gusto en el arte musical y en el pictórico, tan propios del genio eminentemente artístico del pueblo de Guatemala.

En principios de 1828, pidió licencia al padre Guardián para regresar á su país nativo, con el objeto de ver á su familia. Es fama que el guardián era severísimo, y aun adusto, y que inspiraba temor á los individuos de la comunidad; sin embargo, de buen grado y con muestras de cariño, concedió á Reyes una licencia de tres años. *¡Hora feliz para Tegucigalpa! ¡Día de bendición para Honduras!* dice, con justicia, el Señor Jirón, en sus apuntamientos relativos á la vida de Reyes. (3)

Fray José Trinidad salió de Guatemala y tomó la vía de Chiquimula; se detuvo en Esquipulas para visitar al *Señor* de dicho pueblo, tan reverenciado por los creyentes, de dentro y fuera de Centro-América, por sus *estupendos milagros.* Dice el Señor Jirón: que, habiendo salido Reyes á la puerta de su posada, para ver pasar una tropa que entró inusitadamente, quedó ciego en el acto, y que exclamó: "*¿será posible, Señor, que aquí, donde tantos han venido á recobrar la vista, pierda yo la mía?*" que, para su recobro, el enfermo ofreció al Señor una misa en acción de gracias: que lleváronlo ciego al lecho, en donde las señoras de la casa le pusieron unos

---

(3) Los apuntamientos citados, que están en mi poder, los hizo el virtuoso Presbítero Don Yanuario Jirón, ex-cura de Tegucigalpa. Tuvo la bondad de obsequiármelos, y de ellos he tomado gran parte de los datos que contiene esta lectura.—El Señor Jirón trató en la intimidad al Señor Reyes, á su familia, á sus amigos y á sus adversarios: conoció los pormenores de su vida y fué su colaborador en la obra de fundar la Academia, después Universidad de Honduras.—Reciba el buen amigo, el Sacerdote instruido, que es honra y prez del clero hondureño, el testimonio de mi gratitud por su valioso trabajo; y tenga por recompensa, la única que puedo darle, aunque mucho merece, el asociar su dignísimo nombre al nombre esclarecido de su antiguo y venerado amigo el Doctor Reyes.

"parchos de vigo y un paño sahumado en alhucema;" y que, al otro día, al despertar, vió perfectamente y se dirigió gozoso á cumplir el voto de la misa ante el altar del Señor de Esquipulas. Sin otro accidente digno de notarse, siguió el padre recoleto su largo camino; llegó á la ciudad de Gracias á Dios, antiguo asiento de la Audiencia de los Confines, en donde fué recibido y agasajado por el Presbítero Don Francisco Pineda, quien le hizo acompañar hasta el punto de su destino.

Al fin, en la tarde del día 13 de Julio del citado año, llegó á la vecina Villa de Concepción ó Comayagüela, y allí se detuvo, transitoriamente, hospedándose en la casa cural, debido á algunos disturbios locales; pero, conocida su llegada, que había efectuado como de incógnito, fueron á verle su familia y los vecinos de la ciudad. Ofrecióse, entonces, un cuadro verdaderamente conmovedor: la madre, olvidando por un momento la dignidad materna, sólo pensó en la santidad del sacerdote, y, derramando lágrimas de alegría, arrodillóse ante su hijo para pedirle su bendición; después le abrazó tiernamente, una y muchas veces. Esto me recuerda la escena bíblica en que Jacob oprime entre sus brazos á José, después de muchos años de llorarlo muerto. ¡Qué bellas escenas, para ser trasladadas al lienzo por el pincel de un artista!

Pública ya la llegada de Reyes, los individuos de todas clases sociales acudieron alborozados á la casa cural, para darle la bienvenida. Su familia buscóle hospedaje en el convento de franciscanos; pero los frailes presentaron dificultades para recibir á tan distinguido huésped. El día 14, siguiente al de su llegada, después de celebrar misa en la Iglesia de Comayagüela, acompañado de sus parientes y amigos, y con la humildad del romero, entró á pie á esta ciudad, y fué á instalarse en el desocupado convento de Nuestra Señora de las Mercedes, que había de ser, hasta su muerte, su habitual vivienda. Aquel recoleto, que hacía su entrada apoyado en su bordón de peregrino y sin más

equipaje que un hábito de estameña y unas empolvadas sandalias, traía en su corazón un gran tesoro de virtudes, y en su inteligencia la viva luz que haría visibles, para los hondureños, nuevos y hermosos horizontes.

Los tiempos en que el Padre Reyes regresó á su patria fueron verdaderamente borrascosos. Acababa de pasar la funesta invasión de Honduras efectúada el año de 27, y, entre conmociones y hechos de armas, se preparaba, como consecuencia, la gran revolución del año de 29, que cambió por completo la faz de Centro-América. La falta de paz y de bonanza imposibilitó á Reyes para hacer, desde luego, á Honduras, los beneficios que más tarde le prodigó á manos llenas. El año del 31 debía expirar su licencia, y tendría, entonces, que regresar al Convento, para no volver jamás á su nativo pueblo. Mas la revolución del 29 echó por tierra los Institutos monacales, y Reyes, en fuerza de nuevos decretos, quedó secularizado y en capacidad de servir toda su vida á su país. ¡Qué aspectos tan diversos y aun opuestos tienen los sucesos revolucionarios! Lo que fué una gran desgracia para las comunidades religiosas, fué una gran fortuna para Honduras. Valiéndome de las palabras expresivas del Evangelio, Reyes había estado *bajo el celemín, oculto*; pero salió á la luz del siglo, florecieron y fructificaron, al calor de la patria, sus talentos y virtudes, é hizo inapreciables bienes á sus conciudadanos.

En el resto del año de 28 y en los de 29, 30 y 31, dadas las circunstancias anormales del país, Reyes se concretó, casi únicamente, al servicio del culto, al que empezó á dar muchos atractivos con sus pláticas y sermones, que siguió pronunciando durante 24 años, y con sus villancicos, cuya música componía, y que eran oídos por numeroso concurso en las alegres fiestas de la pascua y en las de la Natividad de María. En sus pláticas y sermones, más se ocupaba en dar enseñanzas morales, que en hacer panegíricos de santos y disertaciones sobre abstrusos temas teológicos. Como hombre ilustrado, no aterrorizaba al pueblo con las llamas del

infierno; más bien le mostraba el cielo, y, para llegar á él, la escala mística que proporcionan la verdad conocida y la virtud sentida y practicada. Sus oraciones sagradas—perdidas, casi por completo—me hacen recordar los buenos tiempos del Padre Lacordaire y del Padre Jacinto, no por la magnificencia de la oratoria, de que Reyes carecía, relativamente, sino por sus altas y trascendentales enseñanzas morales.

En el año de 1830, empezó á tomar alguna parte en asuntos políticos relacionados con los intereses de la Iglesia. El Presbítero Don Francisco Márquez era hombre de grande influencia política en el Estado, y amaba, con uno de esos amores ardientes y avasalladores que no reconocen obstáculos, á Carmen Lozano, dama muy principal de esta ciudad. Quería unir, eternamente, su suerte á la suya, y, prevalido de su posición, de sus valiosas relaciones y de su carácter de Diputado, el 27 de Mayo del expresado año de 30, obtuvo del Congreso, que se reunía en la Casa de Moneda, un decreto autorizando el matrimonio de los eclesiásticos seculares: decreto rechazado por los clérigos Diputados al Congreso y por la mayoría de la gente sensata. Reyes, por medio de su padre Don Felipe Santiago, que era Diputado, opuso al decreto un razonado y convincente dictamen. Y sobrados motivos había para ello. El decreto tenía por origen el interés amoroso de un sacerdote, y no la opinión pública: además, fué una ley, en todo sentido, absurda. Se comprende que los clérigos se casen civilmente, cuando, separada la Iglesia del Estado, la ley los autoriza paro ello y reconoce los efectos legales de su matrimonio. Pero, establecer el matrimonio de los clérigos *in facie ecclesiae*, conforme á los cánones, cuando éstos declaran nulo dicho acto matrimonial, es incurrir en un contra sentido en que sólo pueden caer legisladores desprovistos de las más elementales ideas sobre derecho público civil y eclesiástico. No obstante, el decreto se llevó á efecto. Fray Luis Vega, cura de esta Parroquia, contrajo matrimonio con la señorita Eleuteria Espinosa, y el cura de Comayagüela, Don Joa-

quín Molina, con la señorita Nicanor Cantón. Sólo el pobre amartelado Padre Márquez no pudo casarse, porque la señora de sus tiernos pensamientos rehusó con obstinación las bodas, y, desesperado y *suspenso* como sus compañeros, retiróse al pintoresco pueblo de Güinope, en donde vivió, lleno de infinita tristeza, y en donde sólo con la muerte pudo dar término á la cruel memoria de sus desgraciados amores! [4]

Efectuado el matrimonio del cura Fray Luis Vega, el Presbítero Don Nicolás Irías, que como Provisor y Vicario general gobernaba esta Diócesis, nombró al Padre Reyes cura de Tegucigalpa, á pedimento de las señoras principales de la ciudad, representadas por la talentosa Doña Josefa Cocaña y por Doña Dolores y Doña Petronila Midence. Mas Reyes, siempre humilde, renunció la cura de almas, é influyó para que recayase el nombramiento en el Presbítero José Trinidad Estrada, que ejerció el cargo cerca de cincuenta años, y á quién acompañó, en calidad de coadjutor, haciendo los penosos oficios de confesor y los difíciles de orador en la cátedra sagrada. Por doquiera se le veía, como ayudante del cura, alegre y festivo, ejerciendo su ministerio, tan

---

[4] Por ser un dato interesante para la Historia, reproduzco el decreto á que me refiero en el texto:—"La Asamblea Legislativa del Estado de Honduras, teniendo en consideración que el matrimonio produce á la sociedad bienes de que no ha debido privársele por ningún motivo; consultando con las luces del día, y en uso de sus soberanas facultades, ha tenido á bien decretar y

DECRETA:

Artículo único.—Los Eclesiásticos seculares del Estado pueden contraer matrimonio, libremente, lo mismo que todo ciudadano.—Pase al Concejo.—Dado en Tegucigalpa, á 27 de Mayo de 1830.—Francisco Márquez, D. P.—Trinidad Estrada, D. S.—Hipólito Flores, D. S."—Tomo 83, página 93 y 94.—Archivo Nacional.

solícito en interés de los ricos como de los pobres. [5] Como hombre de arreglo, llevaba la cuenta de sus entradas y salidas. En sus muchos años de trabajo, hasta el 43, ingresó á la gaveta de su mesa la suma de $ 50.000; y, sin contar los ingresos de 12 años más y el valor de los muchos obsequios que recibía, á su muerte, sólo dejó sus modestos muebles á su familia, y la iglesia de la Concepción, que había adquirido por una capellanía fundada por uno de sus mayores, la legó en beneficio público. No atesoraba; sostenía el culto á sus expensas, y los pobres formaban parte de su numerosa familia. Reyes era el tipo perfecto del sacerdote evangélico. [6]

Reyes no sólo era el verdadero padre de los necesitados, sino, también, el prudente consejero de las familias, cuya paz restablecía ó afirmaba. Además, como hombre ilustrado, se oponía, siempre, á las falsas ideas y preocupaciones del pueblo, hijas de la ignorancia y del fanatismo. No fanatizaba; moralizaba é ilustraba. De esta conducta dió pruebas, evidentes y repetidas, aun en los momentos de pública tribulación. El 20 de Enero de 1835, llamado vulgarmente

---

[5] La conducta de Reyes, como coadjutor, me hace recordar las siguientes sentidas frases de un célebre escritor europeo:—"Qué bellas funciones las de un cura! .....El es un ministro de bondad......Qué dichoso fuera yo en un pobre curato, haciendo la dicha de mis parroquianos!......

No los haría ricos; pero participaría de su pobreza, y le quitaría á ésta el deshonor y el desprecio que la acompañan......Les haría amar la concordia y la igualdad, con que se evita ó se hace llevadera la miseria......En mis instrucciones, yo me atendría menos al espíritu dogmático que al espíritu del Evangelio, en donde la doctrina es simple y la moral sublime, y en donde se ven pocas prácticas religiosas y muchas obras de caridad.

Antes de enseñarles lo que se debe hacer, yo me pondría á practicarlo, y verían que cuanto yo les digo yo lo pienso......"

[6] Jirón Apuntamientos citados.

el año del polvo, ocurrió que, de repente, se oscureciera el sol, se sintieran horribles sacudimientos de tierra, ya de oscilación, ya de trepidación, y se oyeran retumbos prolongados y pavorosos, que semejaban truenos ensordecedores de una tempestad deshecha. La luz se extinguió, por completo, á causa de una abundante lluvia de polvo que caía sin sesar al grado de que para verse las personas, de cerca, se acudía á *hachones de ocote*, ó á velas que pronto se apagaban. El pueblo, consternado, sintió los terrores del siglo X: creyó llegado el juicio final, y hombres y mujeres, ancianos, adultos y niños, á voz en cuello, hacían pública y general confesión de sus culpas. Así lo creían, también, los sacerdotes, que oían, en desorden, á sus aterrados penitentes. Pero Reyes, sacerdote que sabía física y geología, logró devolver al pueblo la calma, impidiendo las generales y públicas confesiones. A todos decía:—"No os aflijáis, ni deis escándalos; no es el día del juicio: un volcán cercano ha hecho erupción; el peligro ha pasado, y el polvo dejará de caer dentro de poco tiempo." Reyes era un oráculo para su pueblo, y éste, creyéndole, dejó de creer en el juicio final y de decir á gritos sus pecados.—A poco se confirmó, por los hechos, el dictamen del hombre de ciencia. El polvo fué disminuyendo, una pálida luz fué alumbrando, y á los tres días el sol apareció en todo su esplendor. Después se supo que había hecho erupción el volcán de Cosigüina, en la costa del Pacífico del Estado de Nicaragua, limítrofe del de Honduras. ¡Cuánto afligen la ignorancia y el fanatismo religioso! ¡Cuánto consuela y fortalece la ciencia!

Incansable en sus labores, ya en beneficio del culto, ya de la sociedad, en el citado año de 35 reedificó la capilla del templo de la Merced, y después las de los templos de San Francisco y del Calvario. Ayudó eficazmente, al Señor Don Antonio Tranquilino de la Rosa, en la obra importante de reparar nuestra hermosa iglesia parroquial, que estaba en ruinas, á causa de los sacudimientos de tierra de 1809: prestó, asimismo, su ayuda, al Señor Rosa, en la construcción

que éste hizo, por su cuenta, del antiguo cementerio de esta ciudad: también edificó los pequeños templos de Las Casitas, de Soroguara y de Suyapa, famosa esta última, para los creyentes, por su diminuta y milagrosa Virgen; y, por fin, hizo esfuerzos, aunque malogrados, para construir el hospital de esta ciudad, cuyos cimientos quedaron hechos cerca de la iglesia del Calvario. Por doquiera hay, ciertamente, recuerdos del Padre Reyes: en nombre de la fe, se le recuerda, por la exaltación que dió al culto: en nombre de la razón, por sus obras en pro del bien público, y de los derechos y fueros de la humanidad.

En Febrero de 1837, hubo grandes fiestas en Tegucigalpa, con motivo de la restauración de la iglesia parroquial: Reyes, que era el alma de los regocijos públicos, estuvo á grande altura. Pronunció el sermón panegírico de la dedicación del templo, y, haciendo el encomio de la suntuosidad de la obra y de la munificencia de sus promotores, exclamaba elocuentemente: *¡Videte quales lápides, videte quales homines!* El orador sagrado, que era también filarmónico y compositor, dió para su estreno, en la solemne festividad de dedicación, su afamada misa de "El Tancredo." [7] Tanta alegría, como acontece en la vida, tuvo una compensación de dolores y desventuras. El cólera asiático estaba en acecho, y, no obstante las medidas sanitarias tomadas por la municipalidad, en Septiembre del mismo año hizo su invasión la terrible epidemia. ¡Por todas partes consternación y duelo! Tegucigalpa perdió á sus hijos más benéficos, entre ellos al Señor Don Antonio Tranquilino de la Rosa y á su hijo Don León. También el Padre Reyes fué atacado

[7] Compuso, además, *La Sabatina*, la de *Requiem*, con su invitatorio y responso, y la música del *Parce mihi*, y de numerosos villancicos del Santísimo Sacramento, de noche buena y de natividad de la Virgen. Aparte de esto, fué el autor de la música tan popular, de las canciones contenidas en sus Pastorelas, y de sones alegradores, que todavía se oyen con gran placer en las públicas festividades.

del cólera; pero logró salvarse, después de estar entre la vida y la muerte. ¡Dichosa salvación, la del hombre ilustre que, años después, debía fundar el primer establecimiento literario de la República!

La Archidiócesis de Guatemala había quedado sin Arzobispo en 1829, por el echamiento, de la tierra, de Fray Ramón Casaus y Torres: en el Salvador, había corrido mal viento el obispado establecido revolucionariamente por el memorable Padre Delgado, que se puso la mitra entre acerbas contestaciones canónicas y trascedentales disturbios públicos; y en Honduras, desde la muerte de Fray Vicente Navas, ó de Don Manuel Julián Rodríguez, [1810] según el cronista Juarros, hubo *Sede vacante*. Casi vencida la revolución liberal del General Don Francisco Morazán, se atendió al restablecimiento ó colocación de los Príncipes de la Iglesia. Por medio del Presbítero Don Jorge Viteri y Ungo, que fué en misión á Roma, se hizo, en 1840, el arreglo que sigue: Fueron nombrados: Arzobispo auxiliar de Guatemala, el Doctor Don Francisco de Paula García Peláez; primer obispo del Salvador, el comisionado Señor Viteri, y obispo de Honduras, el Padre Reyes. "La noticia se comunicó á esta ciudad—dice el Señor Jirón, con esa sencillez y naturalidad propias del buen cronista—y causó extraordinario regocijo, y se celebró con repique general de campanas, y con alegre música que se llevó á casa del preconizado obispo, presidida la concurrencia por el Señor Cura Estrada, que, con mucha razón,se mostraba sumamente satisfecho. Mas, en medio de tan justa alegría, sólo el Padre Reyes estaba triste, y temblaba, en presencia de la alta dignidad que se le anunciaba, y pedía á Dios lo librara de ella." [8]

Para la efectividad del obispado, necesitábase de la consagración, que ofrece, á veces, grandes dilatorias; é interpretando las ideas del Señor Jirón, Dios, valiéndose del General Francisco Ferrera, Presidente del Estado, que llevaba

[8] Apuntamientos citados.—(Véase al final la nota A)

entre ojos á Reyes por sus ideas independientes, y de la camarilla que á aquel aconsejaba, hizo llegar al Vaticano la falsa noticia de que Reyes había muerto. El Papa Gregorio XVI, creyendo cierta la noticia, y en vista de la nueva terna que le remitió el Gobierno de Honduras en uso del derecho de patronato, nombró obispo de la Diócesis al Presbítero Don Francisco de Paula Campoy y Pérez, (9) quien fué consagrado en Guatemala el año de 1845. En este año regresó á Comayagua, en donde se hallaba Reyes en calidad de detenido por orden del General Ferrera. Este mulato de

(9) "Tenía, entonces, 47 años, y era natural de Cartagena de Levante en España.

Vino á América en calidad de familiar del Señor García Xerez, obispo de Nicaragua.

El año de 25, fué preciso hacer salir de Nicaragua, para tranquilizar el país, al obispo Xerez, y traerle á Guatemala.

Xerez y Campoy se alojaron en el convento de los frailes de Santo Domingo.

Muerto el obispo de Nicaragua, Campoy se dirigió á Honduras y sirvió el curato de los Llanos de Gracias.

Era vicario, en Sede vacante, el célebre canónigo Irías.

A la muerte de Irías, Campoy apareció como provisor y gobernador del obispado de Honduras.

El título de Campoy era un nombramiento que en él hizo el expresado Señor Irías.

No había cabildo en Comayagua, y Campoy tuvo que dirigirse al cabildo metropólitano, el cual aprobó su nombramiento.

El Señor Campoy no se creía seguro aún, y solicitó la aprobación de Fray Ramón Casaus y Torres, obispo de Rosén y Arzobispo de Guatemala, quien se hallaba en la Habana.

El cabildo metropolitano y el Arzobispo Casaus quedaron muy complacidos de la conducta del señor Campoy, lo que le valió muy buenas recomendaciones para el obispado de Honduras.

Para sostener la nueva mitra, se creyó conveniente restablecer los diezmos, en toda su plenitud.

Los diezmos de Honduras se elevaron á grandes sumas. Sólo los de Olancho, fueron proverbiales.

Cuando se pedía una cantidad asombrosa, se decía, entonces: "Se piden los diezmos de Olancho." Montúfar: Reseña Histórica: Tomo cuarto: Capítulo décimo primero.

hierro, este *sacristán sublime* por su valor, que se había educado en casa de Reyes, no sólo le arrebató la mitra, como se ha visto, juzgándole enemigo de su política, sino que, además, le sometió á vejámenes y duras represiones. Y nada más injusto que tales procedimientos. Reyes, con su genial franqueza, reprobaba enérgicamente los malos actos del Gobierno, así como aplaudía los que le parecían buenos. Esta franqueza fué su crimen, y el origen de enemistades que le causaron grandes sinsabores, y de persecuciones que sufrió con la conformidad que inspira una conciencia recta y tranquila.

Tanto en 1845, en Comayagua, como en 1846, en esta ciudad, trató al señor Campoy con muestras de profundo respeto y de sincero cariño. (10) No guardó rencor á sus enemigos, que inventaron la noticia de su muerte para privarle del obispado; y por tal beneficio del cielo, que así lo estimaba, cantó, en acción de gracias, una misa solemne en la iglesia de la Merced. Desde entonces, no volvió á hablar de incidente tan vergonzoso, que exhibe los ruines manejos de nuestra política; y cuéntase que sólo una vez, en el año de 51, en que hizo una visita en León de Nicaragua al Señor Obispo Jorge Viteri, emigrado del Salvador, recordó el suceso, con motivo de mostrarle Viteri el retrato de Gregorio XVI, diciéndole: "Conozca Ud. al Papa que le hizo obispo de Honduras." La verdadera grandeza está en olvidar las

(10) De estos sentimientos son una prueba los siguientes versos, en que hay un bonito juego de palabras, de una composición dedicada al nuevo obispo, suscrita por su secretario Pablo Gaitán:

Por Vos, Santa alegría
Doquier se ve esparcida:
Todo al placer convida:
El llanto se olvidó.
Aun la naturaleza
Más hermosa aparece:
El prado se embellece,
Risueño está el *Campo-hoy*.

ofensas. Elevarse sobre la envidia y miserias humanas es la mayor de las elevaciones.

Llega el momento de referirme á una de las labores más costosas y trascendentales de Reyes, cuyo solo mérito bastaría para inmortalizar su memoria. Poco tiempo después de su regreso de Guatemala, en las horas que le quedaban libres, y que bien hubieran podido ser de justo vagar, se dedicaba á instruir en ciencias y letras á los jóvenes que mostraban deseos de aprender. Fueron sus primeros discípulos Don Yanuario Jirón, Don Agapito Fiallos, Don Máximo Soto, Don Alejandro Flores, Don Lorenzo Motiño y Don Leandro Carías. Ya instruidos sus discípulos, como no había Universidad en Honduras para obtener títulos académicos ó profesionales, dirigiéronse en su mayor parte, á la ciudad de León de Nicaragua, á fin de terminar sus respectivas carreras. Bien pronto alcanzaron con notable lucimiento sus primeros diplomas áulicos, debidos á la enseñanza que les había dado su generoso maestro. Pero he aquí que, en 1844, el General salvadoreño Francisco Malespín llevó una guerra á Nicaragua, desastrosa en sus muchos resultados. Todo era, en ese tiempo, desconcierto y destrucción. Los discípulos de Reyes, amedrentados, tuvieron que regresar con penalidades sin cuento á su nativo país, viendo frustrados sus esfuerzos y los sacrificios de sus pobres familias. Lo de siempre: cuando se toma el fusil, se dejan el libro y la pluma; cuando se abren los cuarteles, se cierran las universidades y academias. Los golpes rudos del militarismo desatentado, hieren ó matan á los trabajadores que cultivan las ciencias y las letras, que proporcionan el alimento material y moral de las naciones. Ojalá que alguna vez, en Centro-América, la fuerza militar deje de ser la destructora de las ideas y de los derechos, y se limite á ser, cualquiera que sea el partido que triunfe en las contiendas sociales y políticas, la salvaguardia de los individuos, de la producción que alcanza el trabajo, y de la acción de la ciencia y de las letras, ejercida desinteresadamente por los que más estudian y pa

decen, oscuros y perseguidos en vida, y, muchas veces, después de muertos, glorificados por la Historia y aun por sus mismos detractores.

Entre los jóvenes que regresaron de Nicaragua, se contaban Yanuario Jirón, Máximo Soto, Miguel Antonio Rovelo y Alejandro Flores. Viéndose sin ocupación provechosa y cortadas las alas de sus aspiraciones, ¡ pobres aves que rastreaban ! les ocurrió buscar un ideal para su inteligencia, á la par que un noble objeto para sus actividades y energías. Convinieron en formar una Academia, en que pudiesen enseñar Latín y Filosofía, en sus diversos ramos, y obtener el apoyo y dirección del Padre Reyes. (11)

El Padre acogió la iniciativa, con entusiasmo, y aun el título de la Academia, dado por los proponentes: *Sociedad del Genio emprendedor y del buen gusto;* título que, á la verdad, era impropio y hasta pedantesco, aplicado á un establecimiento literario constituido para la enseñanza del latín y de la filosofía.

El 14 de Diciembre de 1845, en la que hoy es Casa de Gobierno, se instaló solemnemente la Academia, bajo la presidencia del Padre Reyes, y en presencia del vecindario notable, que manifestaba su grande y legítima satisfacción. Reyes, en calidad de Rector, pronunció un breve pero elocuente discurso de inauguración, y, haciendo justicia á sus alumnos, convertidos en profesores, dijo de ellos, entre otras cosas: "Unos jóvenes que, uniendo á sus talentos una infatigable aplicación al estudio, han merecido los honrosos títulos literarios con que los condecoró la acreditada Universidad de León de Nicaragua, consagran hoy á la Patria

---

(11) El Doctor Don Máximo Soto me refirió, hace 20 años, que, después de salir del baño de la ya *aterrada posa* de *El Tabacal*, en el Río Grande, ó sea Choluteca, que desagua en el Pacífico, ocurrió á él y á sus compañeros, fastidiados por la inacción, fundar la Academia de estudios y comunicar el pensamiento al Doctor Reyes, para que le diese vida y prestigio con su persuasiva palabra y autorizado nombre.

sus tareas y vienen á pagarle las primicias de sus luces, haciéndole un servicio de clase superior á la de cuantos pueden prestarle sus más amantes hijos. Su misma ilustración les ha hecho conocer que las ciencias contribuyen, sobre manera, á hacer felices á los hombres y á los pueblos, y que, en los países donde por fortuna se han adoptado los principios democráticos, son de absoluta necesidad; y he aquí el don precioso que vienen á ofrecerle. Ven la falta de establecimientos de enseñanza; advierten, no sin dolor, que en Honduras las ciencias están todavía encerradas bajo los pergaminos y capilladas, y no pueden ser indiferentes al malogro y desperdicio de talentos privilegiados que se quedan sin cultivo, cuando debieran ser la honra de la Patria." (12)

La buena semilla siempre germina, para dar, á su tiempo, flores y frutos. La humilde Academia ó *Sociedad del Genio emprendedor y del buen gusto,* bien pronto hizo notables progresos y se convirtió en Universidad de la República. Apreciando el buen éxito de los trabajos de la Academia, el Padre Reyes propuso á la Municipalidad de Tegucigalpa que solicitase del Gobierno Supremo la autorización debida, para elevar el Establecimiento, que tenía carácter privado, al puesto oficial de Universidad. Hubo oposiciones, como sucede, casi siempre, cuando se trata de operar adelantamientos sociales que chocan á los bien hallados con el atraso, quienes ven, en el movimiento y en la luz de una transformación, la pérdida de las ventajas que creen proporcionarles la quietud del estacionamiento y la obscuridad de la ignorancia. Mas triunfó la grande iniciativa de Reyes: la Municipalidad presentó su solicitud, y el hábil político, Jefe

---

(12) Los primeros alumnos de la Academia fueron Don Valentín Durón, Don Adolfo Zúñiga, Don Salatiel Andino, Don Crescencio Gómez, Don Sinforiano Rovelo y Don Miguel Bustillo. El Padre Reyes enseñaba Física y Matemáticas, Máximo Soto Filosofía, y Yanuario Jirón y Alejandro Flores Gramática Latina. Miguel Antonio Rovelo cooperaba, eficazmente, á la enseñanza de dichos ramos.

del Estado, Doctor Don Juan Lindo, que también fundó la Universidad del Salvador, expidió el correspondiente decreto de autorización.

El memorable día 19 de Septiembre de 1847, en la iglesia de San Francisco de esta ciudad, se inauguró, con público regocijo, la Universidad de Honduras. Presidieron acto tan solemne el consabido Jefe del Estado, Doctor Don Juan Lindo, y el Señor Obispo Don Francisco de Paula Campoy y Pérez: asistió todo el vecindario distinguido de la ciudad, y se pronunciaron oportunos discursos por el Señor Lindo, el Señor Campoy, el Rector y algunos de los Catedráticos. Al siguiente día de la inauguración, se graduó de Bachiller en Filosofía el joven Sinforiano Rovelo: obteniendo el primer título que extendió la naciente Universidad. Al Padre Reyes corresponde la alta honra de ser el fundador de la Universidad hondureña, pues á su iniciativa, afortunadamente hecha y dichosamente realizada, se debió su establecimiento. Fué también el autor de sus Estatutos que han regido, con algunas modificaciones, hasta la publicación del nuevo Código de Instrucción Pública. Si Reyes hubiera vivido largos años, habrá recibido la más grata y cumplida recompensa, viendo los ópimos frutos de su obra civilizadora. De la Universidad han salido, concluyendo ó no sus estudios en ella, Máximo Soto, el primer médico-legista de Centro-América; Yanuario Jirón, aventajado teólogo; Samuel Escobar, brillante orador sagrado; Céleo Arias, Valentín Durón, Crescencio Gómez y Vicente Ariza Padilla, jurisconsultos de primer orden; Adolfo Zúñiga, publicista y escritor sobresaliente; Julio Contreras, filósofo elocuente y humanista; Rafael Alvarado Manzano, jurisconsulto y docto educador; Juan Ramón Reyes, poeta inspiradísimo; Alvaro Contreras, tribuno y periodista el más fecundo de la América Central, y varios otros de distinguido mérito, que sería prolijo mombrar en esta ocasión. Lástima grande que, debido á las ideas de la época y á los escasos elementos de la Universidad, no hayan salido de su seno geógrafos, historiadores, físicos,

matemáticos, naturalistas, economistas y estadistas, de que tanto necesita Honduras para que alcance á comprender sus verdaderos intereses materiales y morales. Empero, la obra de Reyes fué grandiosa, y espléndidos sus resultados. Que el Sacerdote evangélico reciba las bendiciones de la posteridad agradecida, y que sea imperecedera la gloria del Padre legítimo de las letras hondureñas!

Fundada la Universidad, dedicaba Reyes su tiempo á la enseñanza, al ejercicio de su ministerio, á sus esparcimientos poéticos y, siempre que le era dado, al cultivo de sus numerosas relaciones. Era una vida de trabajos y de afectos, que no daba lugar al vacío de la inteligencia ni al triste vacío del corazón. Del confesonario, pasaba á componer canciones, villancicos y pastorelas; (13) de la cátedra, á escribir su *Compendio de Física*, en que todos aprendimos los rudimentos de la ciencia, y buenos artículos, como el firmado *Sofía Seyers,* que publicaron los periódicos de la época; y del escritorio, á dar expansión á su genio comunicativo y jovial. Entretenía y deleitaba; á las damas, en las tertulias y bailes, con su amena conversación y felices ocurrencias: á los caballeros, jugando sin interés á las cartas ó empeñando partidas de bi-

---

(13) El Padre Reyes dió, impropiamente, (creo que á sabiendas, pues era versado en latín, castellano, francés, inglés é italiano) el nombre de Pastorelas á sus dramas bucólicos. En rigor, deben llamarse Pastorales, (del latín *pastoralis*) que es el nombre castizo que corresponde á las obras dramáticas, cuyos interlocutores son pastores y pastoras. Cierto es que existe la palabra pastorela, derivada de la italiana *pastorella;* pero tal vocablo significa tañido y canto sencillo y alegre, á modo del que usan los pastores, y de ninguna manera un drama corto en que son autores individuos del campo. Expuesta esta advertencia, y reconocida la impropiedad de la palabra pastorela, en el sentido en que la empleó el Padre Reyes, continuaré usándola, tanto porque la aplicó á sus composiciones bucólicas el poeta tegucigalpense, como porque su uso está universalmente aceptado en Honduras y en las demás Repúblicas de Centro-América. Que corra el vocablo, como corren otros muchos, todavía más impropios.

llar: y á todo el pueblo, con los alegres paseos á la Laguna, con las competencias y emulaciones de los gremios en las fiestas de Mercedes, con los *nacimientos* en navidad, y con las encantadoras veladas en la plaza del Calvario, durante el tiempo de la pascua de resurrección.

Disgustos, penas y desengaños no le faltaron, aun siendo tan dulce y benéfico. Tuvo enemigos gratuitos que le prodigaron insultos, y algunos de sus familiares, que no tomaron buen camino, muchas veces llenaron su alma de indecible amargura; pero á todo hacía frente con su resignación y prudencia. Varón justo, se encastillaba en su conciencia y su saber, y, haciendo el bien, hallaba honesta distracción para su espíritu y consuelo para sus pesares. También es digno de notarse que, comunicándose con todas las clases sociales y mucho con las damas, y viviendo en una pequeña ciudad, *en que hay muchas lenguas que hablan y pocas cabezas que piensan*, (14) ni aun sus mayores enemigos pusieron en duda su desinterés, sus virtudes privadas y la severa moral de sus actos. Jamás, ni una sospecha empañó el espejo en que podía verse la imagen pura del sacerdote inmaculado. Sus ideas independientes, y hasta agresivas, en el terreno de los principios, le atrajeron enemistades, denuestos y aun persecuciones; pero su conducta, clara como la luz y limpia como el agua que sale del primer manantial, fué su sólido é impenetrable escudo. El odio y la calumnia no pudieron hincar en ella su diente envenenado, ni ensuciarle con la baba biliosa de sus impotentes iras. ¡ Raro fenómeno, en una sociedad pequeña en que todo se adultera, en que domina la ruín envidia, en que los comentarios torticeros abundan, y en que tener talento, ciencia, disposición y nombre, es un gran crimen !

Si la Iglesia le nombró Sinodal del clero, en cuyo cargo mostró sus grandes conocimientos en c[illegible] teología y

---

(14) Víctor Hugo.

en materias litúrgicas, y si todos los prelados le dieron *licencias absolutas* en prueba de completa confianza, los pueblos del Estado, en mérito de su patriotismo y de sus luces, también le dieron sus votos espontáneos para que fuese su representante, entonces que aún había alguna fe en asuntos de política. Siete veces fué Diputado de la Nación, y figuró, en primera línea, en el célebre Congreso Centro-Americano reunido en Tegucigalpa el año de 1852.

¡ Qué de recuerdos ! Era el 15 de Septiembre, aniversario de la Gran Patria. Se hallaban reunidos con el pueblo, en la iglesia parroquial, los Representantes al Congreso, los primeros personajes de los fraccionados y mutilados pueblos de Centro-América. El orador sagrado que iba pronunciar el discurso político-religioso en día tan fausto y solemne, se excusó á última hora, por tener justificado inconviniente. Los Diputados conocían á Reyes de nombre, pero no le habían visto sujeto á pruebas; pruebas que, por el hecho, y no por la vocinglería, dan la medida de la importancia real de un hombre. Todos se interesaron en que subiese al púlpito. Reyes, pálido y conmovido, sube á la cátedra sagrada, y, bajo las alas del Espíritu Santo, y bajo el pabellón celeste y albo de la Patria, improvisa, conmueve y arrebata. Con unción religiosa, como Jeremías llorando sobre las ruinas de Jerusalén, lloró sobre las ruinas de la Patria; y con ardiente nacionalismo, como Mazzini, fulminó anatemas sobre los destructores de la Unidad Nacional, y predijo con palabras de fe, de aliento y de esperanza, la reorganización de Centro-América. ¡ Magnífico espectáculo ! El Recoleto estaba en el Sinaí; el patriota en la tribuna del publicista. José Francisco Barrundia, de alma espiritual y de imaginación de fuego, quería aplaudir en plena iglesia; Gerardo Barrios, cojeando, quería levantarse, fulguraban sus ojos y casi echaba mano á la espada; Enrique Hoyos, bilioso y polemista, se estremecía y palidecía; Justo Rodas calculaba y se inquietaba; Pedro Zeledón meditaba y se entristecía; Buenaventura Selva, pensando en las leyes, fruncía el entrecejo; José Gue-

rrero tocaba los frecuentes latidos de su pulso; Rafael Pino poetizaba en silencio y sonreía lleno de esperanzas, y Pedro Francisco de la Rocha hacía esfuerzos para vencer su laboriosa digestión, y entreabría los ojos, en que empezaban á lucir rayos de entusiasmo; y en medio de escena tan grandiosa, de rodillas, el pueblo hondureño lloraba!

Al bajar Reyes del púlpito, todos los Diputados le abrazaron con la más tierna efusión. Era el abrazo fraternal de los primeros personajes de Centro-América, en ciencias, letras y política. Pero, ¿qué importa? Luego debía de venir la guerra con todos sus horrores. El abrazo de hombres tan distinguidos no era el abrazo de los pueblos. ¡Pobres pueblos! Por cada cincuenta mil habitantes, hay un hombre ilustrado y patriota. Estadística cierta, pero tristísima ¿Qué mucho, pues, que la gran masa, con la inmensa sombra que proyecta, no deje ver las pocas luces de la inteligencia que, de tarde en tarde, disipan, por un momento, las tinieblas de nuestro estado social? Reyes tomó asiento en el Congreso, y fué muy apreciado de sus colegas, por su saber y por su elocuencia, de que dió repetidas pruebas en las grandes discusiones que tuvo aquella Asamblea Constituyente, la que al fin, como fruto de sus trabajos, decretó, en 13 de Octubre de 1852, el *Estatuto Provisorio* (15) *de la República de Centro América*. La guerra debía de seguir, como una consecuencia fatal de aquel supremo y malogrado esfuerzo del patriotismo centro-americano.

El Padre Reyes, á más de ser el hombre benéfico y el propagador de las luces de su país, fué, al propio tiempo, su poeta nacional. Nos ha dejado himnos patrióticos, poesías ama-

---

(15) Muy común es, en Centro-América, la desacertada aplicación de esta palabra, en lugar de *provisional*. Así vemos con frecuencia, en los documentos de carácter oficial, que se habla de Presidentes Provisorios, en vez de provisionales. Yo no los quisiera ni con uno ni con otro calificativo; yo los quisiera, siempre y verdaderamente, constitucionales.

torias, felicitaciones é invitaciones, cantos elegiacos, villancicos, epigramas, y, sobre todo, sus famosas pastorelas.

En sus cantos patrióticos, tiene á veces, magnífica entonación, conceptos elevados, y versos admirables; pero con frecuencia se oblitera el nervio de su inspiración, se apaga la llama de su entusiasmo, decae lastimosamente, y los destellos de su genio se amenguan, por las sombras de ideas vulgares y de versos duros y hasta prosaicos, de todo en todo insoportables.

Refiriéndose al General José Trinidad Cabañas, cuerpo de pigmeo y alma de gigante, decía:

Su frente no domada, siempre airosa,
Laurel de vencedor lleva, aun vencido!

Hé aquí unos versos dignos del Tirteo español, Manuel José Quintana. Después de la guerra franco-prusiana, *hizo furor*, como dicen los galiparlistas, el calificativo de *glorioso vencido*, que se dió en Francia al Mariscal del Imperio, Mac-Mahon. Diezinueve años antes, refiriéndose á un soldado republicano, Reyes había expresado la misma idea, con más vigor, novedad y brillantez. Pero vienen los decaimientos, y concluye la composición, dedicada á Cabañas, con estos pésimos pareados:

Manos puras, valor y humanidad
Honran en lo alto á Trinidad!

Por el concepto, honran mucho, tales versos, al Bayardo centro-americano, al *caballero sin tacha y sin miedo;* pero, por lo prosáicos, por lo pedestres, no honran al poeta que había dicho, de manera sobresaliente:

Laurel de vencedor lleva, aún vencido!

En sus poesías amatorias, hay ideas oportunas, delicadezas de sentimiento y versos dulcísimos; mas, en lo general, sus versos están vaciados en el molde de los poetas del tiempo de Meléndez Valdés. Abundan las juguetonas Galateas, las queridas Nices, las Filis adoradas, las Anardas bellas é ingratas, los Febos enamorados, los pechos encendidos, los

Etnas en erupción: literatura convencional, artificiosa y, de fijo, pasajera; copia servil de lo clásico, con ribetes de campestre, que no revela la conciencia del profundo sentidor, que no expresa las naturales inspiraciones del alma, y que no conmueve diciendo, con ingenuidad, las incertidumbres, las tristezas, los duelos, las alegrías y las esperanzas que, en uno y otro día, embargan al propio corazón. Y no hay que culpar á Reyes por sus ficciones de sentimiento lírico. Es un axiona, en el arte, que "sólo lo bien sentido puede ser bien expresado." Reyes tenía un ideal religioso y celeste, é ignoraba lo que son las amorosas pasiones de este mundo: sobre amor mundano escribía versos, á modo de muchos niños que dan sus lecciones de memoria sin comprenderlas. No hay que tener demasiadas exigencias. De haberlas, tanto valdría exigirle que, en Honduras, hubiese hablado sanscrito en vez de castellano.

Se ve, en sus felicitaciones é invitaciones, que olvida el artificio. No imita; se inspira en los motivos y circunstancias de la localidad que le hacen cantar. El poeta aparece natural, y sus versos rebosan de vida, y tienen oportunidad, soltura y bello y particular colorido. He aquí una muestra, en la invitación que, en 9 de Febrero de 1848, hicieron los estudiantes para el paseo á la Laguna:

Al sexo amable y hermoso,
Y al público, se convida
Al paseo,
En que será delicioso,
Lleno de espíritu y vida.
El recreo
Cuanto de más lisonjero
Hay, en la naturaleza.
Miraremos:
Un placer puro y entero
Que destierre la tristeza.
Gozaremos
Respiraréis, Ninfas bellas,
el [illegible] las [illegible]
Por un rato.

Bajo pabellón de estrellas,
El ambiente de las flores,
Que es tan grato.

Abre el teatro sus escenas,
A la faz plácida y viva
De la luna:
En sus márgenes amenas,
Nos verá, en danza festiva,
La laguna.

Os presentará la tierra,
En los paisajes más bellos,
Sus verdores,
Donde veréis la becerra
Paciendo y gozando, en ellos,
Sus amores.

Y, si entonan vuestras voces
Canciones tiernas, divinas
Y muy suaves,
Veréis acudir veloces,
A sentarse en las encinas,
A las aves.

Allí, libres estaremos
De la enfadosa y tirana
Etiqueta,
Y todos allí tendremos
Igualdad republicana,
Muy completa.

Allí no habrá Señorías,
Y nadie osará llamarse
Su Excelencia;
Nadie, en nuestras alegrías,
Pretenderá disputarse
Preeminencia.

....
....
....

Tregua á los negros pesares
Y los amargos cuidados
Justo es demos;
Y entre bailes y cantares,
Al placer sólo entregados,
Descansemos.

Versos tan deliciosos, que corren murmurando dulcemente como el libre arroyuelo, deben leerse—cual deseaba el literato venezolano Cecilio Acosta que se leyesen los versos de Garcilaso—*en medio de un jardín de tomillos que tenga nardos por cerca.*

Sus cantos fúnebres tienen preciosas ideas sobre lo fugaz y vano de los días de la vida, y sobre las promesas consoladoras del cielo y de la inmortalidad. Empero; vuelve á aficionarse á imitaciones de mal gusto: entre algunos originales conceptos y bellos rasgos de poesía, figuran mucho las parcas, los agudos filos y las guadañas de la muerte.

Con motivo del fallecimiento del Señor Obispo Don Jorge Viteri y Hungo, decía, en 10 Septiembre de 1853; en un canto elegiaco:

La muerte que no acata preeminencia,
Ni al valor ni á la ciencia,
Que al humilde pastor y al soberano
Hiere con igual mano,
Acaba de cortar, con duro filo,
De una vida preciosa el débil hilo.

Hay en esta elegía algunos versos buenos, como el primero, y algunos duros, como el último; pero lo malísimo es la imitación, ya muy manoseada, del *pálida mors* de Horacio.

El poeta reaparece inspirado, espontáneo y atractivo, por el sentimiento y por la novedad de la expresión, en sus villancicos. La majestad de Dios, la pureza y los dolores de María y la inocencia y la dulzura de Jesús, fueron hermosas é inagotables fuentes en que bebió su inspiración el espíritu de Reyes, aquel espíritu místico, apegado, sobre todo, á los ideales del cielo. Lindísimos son sus villancicos, aunque tachables por algunos de sus versos.

Oigamos quejarse á la tórtola:

Una tortolilla,
Sencilla y sin par,
Que puso su nido
Cerca del Portal.

Viendo á media noche
Mucha claridad,
Creyó que era el día
Y empezó á cantar.

Sola estoy, decía,
Mas mi soledad
Se divierte un poco
Cantando ay! ay! ay!

Pero luego advierte
Que la claridad
No viene de Oriente,
Sino de un pajar,
Donde una Alba hermosa
Daba de mamar,
Asido á su pecho,
A un Sol celestial.

Sola estoy, decía,
Mas mi soledad
Se divierte un poco
Cantando ay! ay! ay!

Deja los polluelos
Y al Portal se va,
Y junto al pesebre
Se sienta á cantar:

Hacia ella su mano
Extiende un zagal,
Y ella, mansa y tierna,
Se deja tocar.

Sola estoy, decía,
Mas mi soledad
Se divierte un poco
Cantando ay! ay! ay!

En este villancico, como en otros muchos, hay bellezas literarias. La viudez de la tórtola es vulgar, así como es común que haya muchas viudas que diviertan su pena; pero la tórtola equivocada [que también las tórtolas se equivocan] por la claridad del pajar; pero ella, atraída por la in-

fluencia de lo divino [que no ha de atraer sólo á los hombres]; pero ella, que deja á sus polluelos, y que, *mansa y tierna, se deja tocar* y vuelve á su triste canto; todo esto tiene originalidad, tiene imágenes que podrían trasladarse al lienzo, tiene unción religiosa, tiene el óleo santo de la verdadera poesía.

Sus epigramas fueron, casi todos, improvisados, y, en su mayor parte, son dignos de aprecio. Pudiera lasmitar á personas que viven, y esto me veda la reproducción de un ejemplar. Yo hubiera deseado que el sacerdote evangélico, ni aun por pasatiempo, como lo hacía, compusiese epigramas. Hay en el epigrama, por lo común, algo de burla de humanas flaquezas; y la burla y el sarcasmo no están bien en los labios de quienes, por su instituto y por sus votos, sólo deben pronunciar palabras de caridad, de amor y de consuelo. Hoy el epigrama que punza, y cuyo autor puede reconocerse, ha sido, más que nunca, reemplazado por el anónimo que infama entre las tinieblas de lo ignorado y bajo los auspicios de la irresponsabilidad. ¡Cuánta vileza en sus autores, y cuánta inmoralidad social!

En donde el Padre Reyes se muestra como poeta de primer orden,—me atrevo á decir inimitable,—dadas las aptitudes y aficiones que privan hoy en día, es en sus pastorelas, [16] que por cierto son sus obras más preciadas. En ellas

[16] Compuso ocho pastorelas, intituladas: Ester, Neptalia, Zelfa, Rubenia, Micol, Elisa, Albano y Olimpia. Todas están desfiguradas por los malos copistas, que dejan tan mal paradas las obras literarias, como maltrechos quedaban los cuerpos de los infelices que cayeron en manos de los familiares y verdugos del Santo Oficio. De un endecasílabo han formado dos y hasta tres versos, y de dos ó tres eptasílabos han forjado versos de catorce y de veintiuna sílabas. Aparte de estas monstruosidades, han truncado escenas y alterado muchas consonancias y asonancias. En cuanto á la sintáxis y ortografía, puede decirse que, por lo común, corren parejas con las que lucen en las cartas amorosas de las muchachas de aldea, y aun de algunas apuestas niñas de la ciudad. Y tanto mal no puede remediarse por completo: los ori-

no se presenta el poeta imitador servil ó de circunstancias: es el poeta que, inspirado en la Historia Sagrada, que conocía profundamente, canta con naturalidad y dulzura las escenas de los campos y de las montañas de Honduras, y que critica, ya con feliz donaire, ya con punzante agudeza, los vicios y defectos de las gentes tenidas por cultas en su nativo pueblo. [17 Por punto general, sus composiciones pastoriles son magníficas, porque guarda muy bien, dentro de la variedad, la unidad del pensamiento que en ellas domina; porque sostiene, admirablemente los caracteres de sus pastores; porque embellece sus escenas con oportunas, exactas y primorosas descripciones, y porque maneja el diálogo con tal facilidad y tal soltura, que hacen recordar, á cada paso, los diálogos de Alejandro Dumas en sus populares novelas, y de Manuel Bretón de los Herreros en sus admirables obras dramáticas.

Aparte de los enunciados méritos, los versos de las pastorelas, por falta de ripios,—que son patrimonio de ruines ver-

---

ginales de las pastorelas se han perdido; así es que, para formar concepto de su mérito y publicarlas, se requiere, en mucha parte, recomponerlas, descubriendo ó interpretando el pensamiento del autor, arreglando y completando los versos, y dándoles los acentos, consonancias y asonancias que debieran tener. Ojalá que, no embargante mi poco saber literario, pueda yo llevar á cabo tan difícil trabajo, que ya tengo emprendido, y publicar del mejor modo posible, para honra de las letras centro-americanas, un volumen que contenga obras de tanta valía y que tan populares son en algunas de las Repúblicas de Centro-América. También compuso nuestro poeta nacional "Las posadas de José y María" y la "Adoración de los Reyes," no inferiores á algunas de sus bellas pastorelas.

[17] Para sus críticas, representaba, en sus pastores y pastoras, á los *tipos* de las personas distinguidas por su importancia política ó social. Se necesita conocer á los personajes y familias de Tegucigalpa, para apreciar la oportunidad, la intención y el chiste de las producciones pastoriles de Reyes, en que, como filósofo y crítico, dió una grande enseñanza política y social.

sificadores,—por sus cortes no violentos, por su candorosa espontaneidad, en especial en los asonantados de los romances, y por su ritmo que deleita el oído, son de todo en todo excelentes, y parece que provocan á vivir la vida del campo, á buscar, siguiendo el sentir amable del Maestro Fray Luis de León, "una descansada vida, lejos del mundanal ruido, y á seguir la escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido."

A veces sus versos son tan naturales, tan fáciles y cadenciosos, que uno llega á creer que no ha habido trabajo alguno, ni menos arte alguno, en componerlos. Tal es el distintivo de la buena versificación, de la que enaltece á Gaspar Núñez de Arce, en España, y al inmortal José Batres Montúfar en Centro-América. Donde se dejan ver conceptos especiosos, esfuerzos y artificios en la expresión, el arte está perdido: á la poesía, que debe volar libremente como las aves felices, se la vé arrastrándose, á estilo de perezoso y repugnante reptil, y los versos resultan insufribles y condenables ante el tribunal del buen gusto y de la crítica sensata. Más vale escribir en mala prosa que hacer versos ramplones. La prosa sin altos conceptos y sin propia forma, todavía puede alcanzar perdón; los malos versos jamás. Personificándolos, por vía de gracia, diré que tienen para sus culpas las interminables penas del infierno de los católicos. Por una eternidad, estarán privados de la bienaventuranza de la gloria.

Poco entendido en achaques de crítica, y, aunque fuese muy entendido, la índole de este trabajo me vedaría juzgar por extenso las obras de Reyes. Empero, debo manifestar que las pastorelas, si bien abundan en bellezas, tienen también graves defectos. En ocasiones, los pastores y pastoras de Reyes saben mucho, tienen gran cultura intelectual y largos alcances, que no dan la vida y los usos de los campos. Pudiera hacérseles la observación que el atinado crítico Don Antonio Alcalá Galiano hizo respecto del poeta Don Juan Meléndez Valdés y de otros de su linaje: *sus campos huelen á ciudad.* Viene bien decir que Reyes disimulaba el defecto,

con el empleo de ideas felices, con lindas descripciones y con su facilidad de dialogar; pero, para la buena crítica, aunque disimulado, el defecto queda subsistente. También prohija, á veces, expresiones de estilo bajo, que traen á la memoria los cuentos de Bocaccio y las ocurrencias de Quevedo. Graciosas son, en verdad, pero inoportunas, tratándose de gentes sencillas é inocentes, y de escenas que preparan á la adoración del Mesías, *del Cordero inmaculado.*

Algunas de sus pastorelas están recargadas de cantos, y el mucho canto, cuando representa actos ordinarios de la vida, no es natural, y cansa y hasta fastidia. A mí, sea por mi ignorancia, sea por mi mal gusto, me hace el efecto de las óperas, por las que muchos tanto se desviven. Gozo con la armonía y con la melodía, y aun me forjo la ilusión de que uno enamora, tiene citas y hasta se casa, cantando; pero tener celos cantando, tener riñas cantando, odiar cantando, vengarse cantando, y suicidarse ó morir cantando; todo esto,—hecha excepción del mérito de la armonía y de la melodía,—como copia artística de la vida, ó me hace reir, por lo ridículo, ó me hace bostezar, por lo continuado de....tan insigne tontería. Yo me identifico con el actor que representa un drama, si quiera sea mediano; jamás con un buen tenor, por mucho que recree mi oído. Aquél representa con naturalidad la vida real, recordada, sentida ó presentida por todos; éste la música de los sonidos, que tiene limitada esfera, y que no debe usurpar sus fueros á la palabra, llamada á expresar la inmensa mayoría de los afectos, de las pasiones y de las ideas que forman los hilos de la trama de la vida individual y social.

Dejando á un lado impresiones solamente mías, y tal vez juicios disparatados ó temerarios, voy á reproducir, por vía de muestra, algunos preciosos versos pastoriles de Reyes.—Helos aquí:

Zerafila. (18)—**Sigue, Olimpia, que atentas te escuchámos,**
Y con la novedad muy sorprendidas.

(18) **Pastorela de Olimpia.—Acto segundo.—Escena cuarta.**

Olimpia.— En el mes de Nisán, (19) cuando las flores
Sobre sus verdes tallos se mecían,
Y á la nueva y risueña primavera
Las aves saludaban, revestidas
De vistosos plumajes, y la tierra
Con nueva juventud aparecía;
Con Isabel, cosiendo unos pañales,
Hallábame, una tarde, entretenida,
Y una sirvienta apresurada viene
A decir á Isabel: que una visita
Llega de Nazaret; que es una joven
Que, sin exagerar, es la más linda
De todas las mujeres, pues no puede
Haber otra beldad tan peregrina;
Que María es el nombre que ella ha dado,
Y que anciosa pregunta por su prima.
A este nombre, la anciana se levanta,
Como de impulso superior movida;
De la preñez no siente el grande peso,
De que ha llegado al sexto mes se olvida,
Y, como una muchacha de quince años,
Veloz y alegre sale á recibirla.

Zerafila.— ¿Y la seguiste tú?

Zefalia.— ¿Quién no lo hiciera?

Rutilia.— Y siendo ella mujer, es cosa vista........

Olimpia.— Luego que vió á Isabel, la hermosa joven,
Con una voz angélica y suavísima,
Dijo: "La paz de Dios contigo sea
Y habite en esta casa y su familia."
El primer movimiento de la anciana
Fué estrechar en sus brazos á su prima;
Más, repentinamente, quedó inmóvil
Y en éxtasis profundo sumergida,
Oyendo aquel saludo y viendo el rostro
De su joven parienta, en quien yo misma
No veía un ser humano, sino un ángel,
Un serafín, no sé si deidad diga,
Cuya faz irradiaba luces suaves
Que los ojos recreaban y no herían.
Yo temblé de respeto, en su presencia,

---

(19) Según la cronología hebráica, Nisán era el séptimo mes del año civil de los hebreos y el primero de su año sagrado.

Y casi la adoraba de rodillas.
Entre tanto, Isabel vuelve del pasmo
Y, cual si hubiera inspiración divina,
A la joven dirige estas palabras
Que por mí fueron casi no entendidas:
"Yo te saludo, afortunada joven,
Mujer entre mujeres bendecida,
Así como es bendito el sacro fruto
Que ya tu seno virginal abriga.
¿Y de dónde me viene esta ventura?
¿De dónde á mí, tu sierva, tanta dicha
De que se digne visitar mi casa
La que es madre del dueño de mi vida?
Desde el momento que á mis oídos llega
Tu voz encantadora, prima mía,
El niño que á mis canas Dios ha dado
Salta en mi vientre y de placer se agita.
Feliz eres mil veces, porque creíste,
Y en tí á la letra se verán cumplidas,
Sin que nada les falte, las palabras
Que de orden de Jehová te fueron dichas."

Isbela.— Y, á la verdad, que son muy misteriosas
Esas cosas que dejas referidas.

Zerafila.— ¿Qué habrá visto Isabel en esa joven,
Para que así la alabe y la bendiga?

Rutilia.— Yo he alcanzado que Isabel la tiene
Por la futura madre del Mesías.

Olimpia.— Y lo presumo yo, por lo que he dicho,
Y porque fuí testigo de su vida
En treinta soles que pasó conmigo
En casa de Isabel y Zacarías.

Zefalia.— Dinos: ¿cuál era el porte de esa joven?
¿Cómo su vestidura?

Olimpia.— Muy sencilla.

Zefalia.— ¿Iba en su seguimiento grande tren
De criados y de criadas?

Olimpia.— Sólo iba.
Con ella una mujer de edad madura.

Rutilia.— ¿Iba muy bien montada?

Olimpia.— En una asnilla.

Isbela.— Yo no sé qué pensar.

Débora.— Lo que yo pienso,
Es que no puede ser esa María

La madre de un gran rey, porque debiera
Acompañarla grande comitiva,
Ser llevada en carroza y adornarse
De diamantes y telas damasquinas.

Nicodemus.— Con esa pompa vana que deslumbra,
Nuestra nación espera su Mesías,
Y con el mismo brillo ver espera
A la que en sus entrañas lo conciba;
Pero sabios Doctores nos han dicho,
Fundados en algunas profesías,
Que pobre ha de nacer y que su gloria
No ha de ser en el fausto establecida.

Olimpia.— Y yo, que ví las gracias de esa joven
Y que no cesaré de repetirlas,
¿Pudiera creer que Dios la desechara
Porque no viera en ella telas ricas,
Ni las joyas y perlas que envanecen
A las hijas del mundo, tan altivas?
¿Pudiera crer que Dios escogiera otra
Para hacerla su madre, si en María
Ve todas las virtudes, en un grado
Que sólo puede creerse siendo vistas?
¿Pudiera creer que Dios no la ha elegido,
Cuando á las bendiciones de su prima,
Llevando al cielo sus hermosos ojos,
Lleno de luz el rostro, y las mejillas
Bañadas de purpúreos resplandores,
Y en fuego celestial toda encendida,
Respondió con un cántico inspirado,
Sublime en los conceptos y poesía:
Cántico sin igual, con que ha humillado,
Como después ha dicho Zacarías,
La gloria de David, su ilustre abuelo,
Honor de su nación y su familia?
¡Ah! pastorcillas, si la hubiérais visto,
Cuando el himno celeste profería,
Como dos soles los brillantes ojos
Y sobre el labio virginal sonrisa,
Os postraríais como yo á adorarla,
Y por cosa no humana la tendríais!

[illegible]— ¿Y sabes tú el cantar?

Olimpia.— Como [illegible]
[illegible] Serafia:

Y siéndome tan grato, lo repaso,
Como un dulce recuerdo, cada día.

Isbela.— Dínoslo, Olimpia, que, por lo que has dicho,
Juzgo ha de ser composición divina.

Zefalia.— Dilo, que me parece que estoy viendo
Las gracias y bellezas de esa niña.

Rutilia.— Por oirlo desespero, pues ya tengo
Por la joven poetisa simpatías.

Olimpia.— Escuchad, pues, pastores. De este modo,
A los elogios que Isabel le hacía,
Modesta, espiritual y fervorosa,
A los dones de Dios reconocida,
Como del Santo espíritu agitada,
Respondió la doncella bendecida:
"Gloria—dijo—al Señor, el alma mía
Exclama enagenada;
A Dios, que es su salud y su alegría,
Se eleve transportada,
Que, sin ver de su esclava la bajeza,
Colmóla de bondades,
Y admirarán su espléndida grandeza
Del mundo las edades!
De corona inmortal ornó mi frente;
Cubrióme con su manto
Aquel temido ser omnipotente,
El que es tres veces santo!
El que agita del mar y de los vientos
La indómita pujanza,
Y vuelve á los furiosos elementos
La paz y la bonanza;
Cuya munificencia y cuyos dones,
Sin límite, se extienden
Sobre una y diez y cien generaciones
De los que no le ofenden!
Desplegó el indomable poderío
Del brazo prepotente,
Y en medio aniquiló al mortal impío,
De su furor demente!
Derrocó á los magnates poderosos
Del solio enaltecido,
Y á los puestos de honor, esplendorosos,
Exaltó al abatido!
Al pobre enriqueció, y á los hambrientos

Colmó de sus favores.
Tornándose desnudos, macilentos,
Los ricos opresores!
De su misericordia ilimitada,
Pompa hizo, en su largueza,
Y recobró Israel esclavizado
Su brío y sn altiveza.
Según lo que á Abraham fué prometido
Y á nuestros genitores,
Que hasta que el fin del mundo haya venido,
Tendrán sus sucesores!"

Ricas, en poesía y colorido, son las descripciones que hace Olimpia; pero quedan como empequeñecidas por lo grandilocuente y majestuoso del cántico de la Virgen: *Magnificat, anima mea Dominum.* De cuantas paráfrasis conozco de este sublime canto, la mejor, en mi concepto, es la de Reyes. Si sólo hubiera parafraseado el *Magnificat*, esto bastaría para su reputación de poeta. (*) En el arte no es la cantidad sino la calidad de la producción la que hace que un individuo tenga un nombre bien puesto en el campo de las letras. Como á los guerreros de la Edad Media les bastaba una grande hazaña para adquirir un blasón, á los prosistas y poetas les basta una obra acabada, por corta que sea, para adquirir ejecutorias en la República literaria. Por su entonación y valentía la paráfrasis de Reyes es comparable á la *Imitación de los Salmos* que, en el mismo metro, hizo el afamado Ventura de la Vega, y que empieza así:

¡Ay! no vuelvas Señor tu rostro airado
A un pecador contrito!
Ya abandoné, de lágrimas bañado,
Las sendas del delito;
Y en tí humilde ¡oh mi Dios! la vista clavo,
Y me aterra tu ceño,
Como fija sus ojos el esclavo
En la diestra del dueño!

(*) Véase al final la nota B

La paráfrasis del poeta del humilde Guacerique no va en zaga de la *Imitación de los Salmos* del poeta del soberbio río de la Plata. [20]

---

(20) Con parecido estro, y usando del mismo metro, han compuesto versos admirables poetas europeos y americanos. Hé aquí algunas muestras:

Hierven y brotan en el alma mía
Sublimes pensamientos,
Y á tí consagro, ¡oh Rey! en este día,
De mi arpa los acentos.
A tí los himnos de alabanza canto
Con inspirado tono;
A tí que te alzas con el cetro santo
Sobre inmutable trono!

(La Asunción, himno de Getrudis Gómez de Avellaneda.)

¡Cuán solitaria la nación que un día
Poblara inmensa gente!
La nación cuyo imperio se extendía
Del Ocaso al Oriente!
....
....
Vírgenes, destrenzad la cabellera
Y dadla al vago viento;
Acompañad con arpa lastimera
Mi lúgubre lamento!

(A la Patria. Elegía de José de Espronceda.)

¡Piedad, piedad, Dios mío,
Que tu misericordia me socorra;
Según la muchedumbre
De tus clemencias, mis delitos borra!
De mis iniquidades
Lávame más y más; mi depravado
Corazón quede limpio
De la horrorosa mancha del pecado.

(Salmo 50. *Miserere mei Deus, secundum magnam misericordiam suam.* De Andrés Bello.)

Para dar una idea más amplia, ya que no un juicio crítico, de las pastorelas de Reyes, he de notar que hay en ellas una abundante variedad de metros. Tal vez el poeta haya abusado un tanto de su facilidad de versificar; quizá pensó que en la variedad está el gusto, como se dice vulgarmente; pero sea de esto lo que fuere, con sus versos de distintas medidas, aunque pródigo en la variedad, evitó el defecto de la monotonía que, en las obras de arte, adormece el espíritu y lo aleja de inesperados y gratos despertamientos. La poesía es hermana legítima de la música y de la pintura· Cuando faltan sonidos varios, y transiciones rítmicas en las notas, el oído no puede recrearse. Cuando en los cuadros faltan distintas combinaciones de luz y de sombra, la vista no puede tener impresiones que hagan experimentar el sentimiento de la belleza artística. Pero—¿qué límite debe tener el uso de elementos varios en las producciones del arte? Para esto no hay una regla de exactitud matemática. La selecta escuela, los escogidos modelos y el cultivado gusto, son los que deciden del mérito de los trabajos artísticos, ya tengan por medio el plectro del poeta, la escala del músico, la paleta del pintor, ó el cincel del estatuario.

Como final de reproducciones de versos pastoriles, copio los siguientes eptasílabos combinados con endecasílabos, que la pastora Rubenia, animada de tierna amistad y embargada por dulce melancolía, canta al lado del sepulcro de Prisila.

¡Oh bosque solitario,
Alegre en otro tiempo,
Do la bella Prisila
Condujo tantas veces sus corderos!
¡Cuántas veces oíste
De su voz el acento,
Y cuántas repetiste
Su graciosa expresión, en suaves ecos!
¡Cuántas veces sus plantas
Hollaron este suelo,
Y cuántas, en los árbole

Con sus manos grabó divinos versos!
Mas ¡ah! que ya descansa
En profundo silencio,
Y no lá veréis más,
Tristes cipreses y elevados cedros! (21)

Estos versos, aunque carecen de unidad en la forma, porque hay consonancias y asonancias, lo que es censurable, y aunque hay un agudo en el último eptasílabo, no obstante, por la ternura que expresan, hacen recordar á Garcilaso de la Vega, cuando se lamentaba dicendo:

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas
Dulces y alegres, cuando Dios quería!

Reyes tuvo por modelos las obras de Virgilio, de Garcilaso, de Lamartine, de los Moratín, de Meléndez Valdés y de Martínez de la Rosa. ¡Qué fuentes de inspiración para aquella alma sentidora y tierna!

Dejaría de dar á conocer á Reyes, tal como fué, si no trajese á la memoria, aunque con pena, un grave defecto moral que tuvo en su calidad de poeta. Atendía á cualquiera solicitud encaminada á que hiciese versos, ya en favor, ya en contra de los personajes políticos de su época. Unas veces los condenaba á sufrir en el infierno de la excecración pública, y otras—á los mismos hombres—los encumbraba más allá de las nubes, y les señalaba un puesto en la gloria.

En una felicitación dirigida en su cumpleaños al General Don Francisco Morazán, decíale, en el año de 30:

A tanto beneficio
La Patria agradecida
Quiere manifestaros
Que tu virtud y méritos estima.

---

(21) Pastorela de Rubenia.—Acto primero.—Escena primera.

Por eso, á vuestras sienes
Nuevamente dedica
Los laureles gloriosos
Que para Beneméritos destina.
....
....
Vive, pues, largos años;
Prolónguese tu vida,
Para ser de la Patria
El honor que la colme de alegría.
Sobre el eterno bronce
Vuestro nombre se escriba,
Y que nunca se borre,
Y en la memoria de los hombres viva. (22)

Poco tiempo después el mismo autor de las anteriores estrofas, dirigió, al mismísimo General, los siguientes versos que tomo de una composición llena de horribles denuestos:

Soy el General valiente
Que, con mi fuerte ganzúa,
Hasta el castillo de Ulúa
penetrara facilmente.
....
....
Mi cortejo es la garduña (23)
De *ganzuinos* (24) lisonjeros,
Mentirosos y embusteros,
Y todos ellos de la uña.

---

(22) Y se ha cumplido el deseo manifestado por el poeta. En Honduras y El Salvador los bronces y los mármoles hacen recordar el nombre del General Don Francisco Morazán.

(23) La garduña fué en España una gran sociedad de bandidos perfectamente organizada, que en el reinado de Felipe IV cometió mil atentados y crímenes.

(24) Supongo que el nombre *ganzuino*, que he rub-rayado, sería un apodo dado á alguno de los servidores del General Morazán; pero todavía es más probable que Reyes haya inventado esa palabra derivándola de *ganzúa*, vocablo cast[illegible] derivado. Sea de esto lo

Como trataba al General Morazán, asimismo trataba al General Cabañas, á Gerardo Barrios y á los demás personajes políticos de su tiempo. Preguntado varias veces, en confianza, por la causa de tales inconsecuencias, contestaba en tono festivo:—"Los poetas son como las campanas que apenas acaban de repicar alegremente, cuando ya doblan á muerto."

Ingeniosa es, por todo extremo, la respuesta; pero no es propia de un ciudadano de sólidas convicciones morales y políticas, y es indigna del alto ministerio de la poesía, y más siendo ejercido por un sacerdote de grandes virtudes evangélicas El buen ciudadano no debe endiosar á los hombres eminentes de su Patria, cuando están en lo alto, ni arrojarles cieno cuando les llega la hora del infortunio: debe hablarles, cuando están ariba, el lenguaje severo y persuasivo de la verdad y la justicia, y reconocer sus méritos sin adulación y sin bajeza; y debe, cuando están caídos, no insultar su desgracia, y sí tener palabras de piedad y de consuelo. Estos deberes son todavía más estrictos, tratándose del sacerdote y del poeta. El sacerdote así como no debe exaltar mundanales vanidades de los poderosos, de la misma manera, cuando descienden del poder, por enormes que sean sus faltas, como á hermanos desvalidos, debe prodigarles los dones de la misericordia. El poeta, sumo sacerdote de la religión del arte, que se eleva sobre las circunstancias del momento y las impurezas de la realidad; el poeta, que profetiza y que vuela por los espacios infinitos de las impersonales

---

que fuere. Morazán y sus compañeros no fueron hombres de ganzúa. El Presidente de Centro-América luchó como héroe, murió como mártir, y dejó sólo deudas contraídas por motivos políticos y que le honran. Su viuda y su hija vivieron casi de limosna, merced á los auxilios que les dieron los nobles hijos de San Salvador. Estas afirmaciones puedo demostrarlas con documentos. Cuando publique la Historia del General Morazán que, si incurrió en graves errores políticos, fué intachable como hombre probo, se verá en dicha obra la verdad de los hechos.

ideas y de las sublimes inspiraciones, no debe manchar sus nacaradas alas en los hediondos estercoleros de la adulación, ni en las cloacas inmundas de las calumnias y de las difamaciones.

Cierto es que Reyes, sin propio intento, y sólo por complacer, prestaba su musa para lisonjear ó para denigrar; mas esto apenas constituye una circunstancia atenuante. En el fondo faltó á su alto ministerio de ciudadano y de poeta. El talento y el numen no deben tener inconsideradas complacencias: de lo contrario, sus producciones alcanzan el mérito, si es que mérito puede llamarse, de las obras de prestidigitadores y de juglares. El talento y el numen deben huir de la mentira y de la farsa, y tener por granítica base la conciencia, la justicia y la lealtad. Por eso sobreviven los genios educados en la escuela de los principios, siempre cumplidores de su deber, y siempre enamorados de un ideal que aliente y dignifique sus trabajos é inspiraciones.

Me lastima haber apuntado el notable defecto de Reyes; pero de ello no me arrepentiré. El biógrafo y el historiador no han de ser apasionados panegiristas de santos, ni aún tratándose de personalidades como la de Reyes; deben presentar las fases oscuras y las fases luminosas de los hombres cuya historia esbriben. Si así no lo hacen, la biografía y la historia tienen que convertirse en fábulas; y la sociedad, para su enseñanza, necesita de verdades y no de ficciones. Por otra parte, en el terreno de la verdadera filosofía, nunca puede exhibirse á un hombre como perfecto en toda su vida y en todas sus acciones. De tal acerto puede ser un ejemplo el mismo virtuoso y benéfico Reyes. Historiar la vida de un hombre sin defectos, impecable, sería historiar la vida de un Dios; y no hay dioses en nuestro planeta. La humanidad tiene el mal incurable de la contingencia, y este mal deben señalarlo los historiadores y biógrafos, aun ocupándose de los hombres-modelos, para que, mostrados los errores de los menos imperfectos, sirvan de advertencia saludable á los individuos, á las fa   eblos. Si

te procedimiento no se adoptase, la Historia dejaría de ser para las sociedades y para las naciones, una alta, provechosa y trascendental enseñanza!

En todos los hombres puede advertirse una vocación particular que es como el distintivo de su personalidad. La vocación de Reyes le inclinó, decididamente, al cultivo de la gaya ciencia. Como he notado, fué compositor mediano, en la lírica, y productor admirable, en la bucólica. La poesía pastoril fué su fuerte; y sin duda él lo comprendió así cuando su musa la dedicó, primordialmente, á la invención y formación de pastorelas.

No obstante la marcada vocación poética de Reyes debido á sus múltiples aptitudes, hizo buenos esritos en prosa, ya difundiendo ideas científicas, como en su *Compendio de Física*, ya promoviendo reformas en el sistema de educación, como en su interesante artículo que aparece bajo la firma de Sofía Seyers.

Se ejercitó poco en la prosa, y pudo llegar á ser un gran prosista. Tenía para ello eminentes cualidades: espíritu sintético á la par que analítico, mucho caudal de conocimientos en ciencias y letras, profundo conocimiento del idioma, y esa flexibilidad graciosa, que dan la imaginación y el buen gusto, para presentar las ideas en formas naturales y animadas, y llamar la atención de los lectores.

Mas no llegó á ser un prosista sobresaliente, porque no se aplicó al objeto, porque *no fué su negocio*, como dicen los norte-americanos. Faltó á Reyes el estilo propio y sostenido que distingue al gran escritor, y que hace que se le reconozca siempre en todas sus producciones. De ello Reyes no es responsable; no trató de ser buen prosista sino de ser buen sacerdote, poeta bucólico, y propagador de las ciencias y de las letras. Dados sus tiempos y los escasos medios de que dispuso, cumplió dignamente su misión, y hay que hacerle justicia.

Para juzgar á los hombres hay que fijarse en el medio social en que viven. Reyes tenía las más variadas y sorpren-

dentes facultades. Era filarmónico, y, en Tegucigalpa, la población más culta de Honduras, no había un piano; y él introdujo el primer piano. Era escritor, y no había una imprenta, y él introdujo la primera imprenta llamada de "La Academia." Era literato, y no había una biblioteca; y él fundó la de la Universidad. Era entendido en astronomía, física y química, y no había elementos, ni aún rudimentales, para un observatorio, para un gabinete de física, y para un laboratorio de química. Reyes se encontraba en el bacío. Suplían, al aristocrático piano, la popular guitarra; á la imprenta,los manuscritos de pésimos pendolistas; á la biblioteca, unos pocos y maltrechos libros, que eran antiguallas en la Europa moderna; á los telescopios, los ojos del observador que veía los astros con el aumento de la luz de su alma; á los instrumentos de física, las fuerzas del empeño del trabajador que estudia; y á los experimentos químicos, hechos por los procedimientos modernos, las observaciones empíricas sobre la composición y descomposición de los cuerpos. ¡Ah! si Reyes hubiese vivido en estos nuestros tiempos, en que hay abundantes y preciosos elementos para la ciencia, tendría un puesto de honor en el banquete de los sabios, que olvidan el *beefsteak* para el estómago, por buscar el pan de la inteligencia de los hombres, que vigoriza y eleva el espíritu de la humanidad. ¡Qué divina eucaristía! Con ella debe comulgar la especie humana. Dios, que nos ha dado sentimiento y razón, no debe ofenderse porque comulguemos de un modo tan conforme á los instintos é ideales de nuestra pobre naturaleza.

Por hacer reflexiones, tal vez inconducentes, voy alejándome de mi objeto. Reproduzco, pues, sin más digresión, el precioso artículo de Reyes sobre la educación de la mujer, para que pueda formarse juicio de sus cualidades de prosista:

"Yo, débil mujer, me atrevo á levantar la voz reclamando los derechos de mi sexo, en medio de un pueblo que apenas los conoce: yo, sin misión expresa de mis compañeras, hablo en su favor á una sociedad que se cree iluminada con

los resplandores del siglo XIX, y que no va á retaguardia en la marcha de la civilización y del progreso, pero que, en orden á nosotras, no tiene ideas que vayan en consonancia con sus adelantos.

"No pido tanto como las mujeres parisienses; no me quejo de que en el siglo de las democracias se tolere y se sostenga la aristocracia varonil, ni de que, abolida la esclavitud, esa aberración tan depresiva de la especie humana, no se haya también emancipado la mujer, quedando ella sola esclava en medio de tanta libertad; ni tampoco hago reparar que el principio, tan decantado, de la igualdad civil y política, no se haya extendido hasta nosotras.

"No pretendo, como las socialistas francesas, que seamos asociadas á la administración gubernativa, que se nos dé el derecho de concurrir con nuestros votos á la elección de los funcionarios públicos, ni que nos declaren hábiles para obtener los destinos de la Patria. No me avanzo hasta ese punto, aunque, en verdad, no veo que haya un motivo ostensible y justo para que, en el siglo de la luz y de la razón, se sostengan principios y costumbres que nacieron en los tiempos más oscuros de la ignorancia y de la barbarie; aunque no hallo razón suficiente para que se dé á los varones el privilegio exclusivo de optar por los empleos, de dictar leyes y de gobernar á los dos sexos; aunque podría esperarse, tal vez, que sería mejor la suerte del género humano dependiendo de la mujer que dependiendo de los hombres, de los que tenemos experiencia de que han trastornado y desfigurado el mundo moral, de tal manera, que ya no es aquel que el Criador destinara para la raza humana.

"Y es la razón, que la mujer, siendo más tímida, más sociable, más sensible y más dulce, no emprendería guerras por cuestiones frívolas, no haría derramar la sangre por añadir un galón á su vestido ó adquirir un nuevo título para denominarse, ni subiría á los empleos formando escala de miembros humanos y de cadáveres; y porque, con un corazón de madre, sería más propicia á la humanidad que mu-

chos de los que se llaman *Padres de los Pueblos*, que, sin el cariño y la ternura de tal nombre, tienen la severidad y el azote prontos á descargarlos sobre sus hijos. Reclamo únicamente, la igualdad de educación. Reclamo se considere que las almas no tienen sexo, que el ingenio y talento femeninos son tan perfectibles como los del varón, y que es claro que, formados con tanta igualdad de facultades,—si no puedo decir con mayores dotes,—es contrariar la voluntad providencial dejar perecer sin cultivo sus inteligencias.

"Esto supuesto, ¿por qué en Honduras no se toman otros cuidados, para formar á la mujer, que los que se ponen en la educación de un pájaro, ó de otro de esos séres privados de razón, cuyo destino es proporcionar placer y desahogo á los hombres? Por qué no se nos da en la sociedad otro papel que el de muñecas automáticas, con quienes los varones entretienen sus ocios, á quienes no creen capaces sino de conversaciones pueriles, sobre modas, trajes y amoríos? ¿Por qué se nos deja ser siempre el objeto de afectadas lisonjas, cuando nos tienen presentes, y, lo que es más cruel, el blanco de la burla, del sarcasmo y de la deshonra, allá en particulares reuniones? Si fuésemos más ilustradas, no se burlarían tan fácilmente de nuestra credulidad; nos tendrían más respeto, y no se atribuiría á pendantismo el uso que solemos hacer de algunas frases ó palabras que hemos aprendido en la lectura de algunas novelas.

"Yo veo establecerse en todas partes escuelas primarias; veo afanarse porque haya Liceos y Academias para la instrucción del sexo privilegiado; veo levantarse, con este objeto, generosas suscriciones, dictarse providencias y gravar á los pueblos con nuevos impuestos. Pero, ¿quién ha pensado en las pobres mujeres? Ni el Legislador ni el Gobernante, ni ninguno de cuantos se liquidan en cumplimientos refinados ante las Sritas.; ninguno -digo—ha hecho una proposición en nuestro favor, ni una oferta, ni una libación siquiera, ni un brindis en los banquetes, porque se añada á nuestro sexo una nueva gracia, el nuevo atractivo del saber.

A no estar persuadidas de que esta exclusión es obra solamente de las preocupaciones, de la rutina y de la inadvertencia, creeríamos que la política de los hombres, respecto de de nosotras, era la misma de la de las naciones europeas respecto de sus colonias: tenernos siempre embrutecidas para dominarnos, sin más reglas que su caprichosa voluntad; y que no nos concedían otras aptitudes que para ayas de sus hijos y para los ministerios de cocina. Mas no dudo que este reclamo va á revelar las ideas que deben tenerse de las mujeres, á obligar á que se reflexione que, si Dios en la repartición de los dones intelectuales no ha hecho diferencia entre los sexos, dándolos tan grandes y poéticos á las Staeles, Genlis y Avellanedas, como á los Dumas, Sues y Lamartines, es una conclusión lógica que no ha sido su intento destinar los unos á la cultura y perfección, y los otros á malograrse en la oscuridad; pues, á querer imponer una especie de ley sálica, nacieran las hembras privadas de capacidades mentales, como lo están del valor y de la fuerza, porque no las creo propias para soldados.

"Piénsese, además, en la utilidad y ventajas que reportarían los varones de la ilustración de las mujeres. La primera edad de los niños toda es de las madres: ellas les comunican el idioma, les dan los primeros pensamientos, forman sus primeros sentimientos y afecciones, y presentan á su alma las primeras imágenes. ¿Qué diferencia, pues, entre un niño cuya madre no le da más que lo que tiene, es decir, preocupaciones vulgares, ideas falsas, frivolidades pueriles, sentimientos innobles y lenguaje rústico é incorrecto, á otro que, como Lamartine, logre tener una madre maestra, que sepa formarle el gusto para la ciencia y el corazón para la virtud? Cuando se presente en las escuelas ó en las aulas irá ya iniciado en los conocimientos que adquirió con las caricias maternales, y con una disposición precoz para recibir todo género de enseñanzas.

"¡Qué de consuelos no hallará el hombre en el seno y compañía de una consorte instruída! En su casa tendrá un ma-

niantal de placeres, y no se verá forzado á buscar otra sociedad más amena para libertarse del fastidio, de la monotonía y sandeces de una mujer que no tiene otras ideas ni otras conversaciones diarias, que las del baile, el paseo y otras cosas de este jaez, cuando no lo importune con chismes ó lo mortifique con imprudentes celos. Grande será la satisfacción de un hombre estudioso, al asociar á su esposa, como Dacier, á sus meditaciones, y consultarle sus dudas en materias científicas; y más grande la de un padre que ve á su hija conducida en triunfo, como Corina, y adornada la frente con los lauros y coronas de Minerva, más que con los brillantes atavíos de un lujo vano.

"¡Ah! Si desde que se trabaja por la enseñanza de los varones se hubieran hecho iguales empeños por la de las mujeres, no cabe duda de que hubieran ya probado que en un tiempo dado, había en ellas más adelantos y progresos. Más recogidas, más aplicadas, más pundonorosas y sumisas, no se disiparían, como tantos jóvenes, no se entregarían, como ellos, á la vagancia: lejos del juego y de los placeres que distraen la atención y enervan la mente, no verían sus libros y sus laboratorios con tedio enfadoso; y, de este modo, no darían lugar á reconvenciones y quejas, ni á que con descrédito se dijera que hacían al Estado gastos inútiles, y á sus padres encorvarse sin fruto bajo el peso del trabajo.

"*Compañeras:* reuníos conmigo para declamar, doquiera, contra ese culpable olvido de nuestra educación; contra esa preferencia estúpida que, en esta parte, tienen sobre nosotras los varones; contra esa tiranía sexual que nos despoja de nuestros derechos más sagrados. Si logramos que se nos atienda, ya no seremos, como hasta ahora, esclavas de nuestros mismos hermanos, seres medios entre el hombre y el bruto; se perfeccionará nuestra razón, y nuestra sensibilidad natural dejará de ser puramente instintiva; el círculo de nuestras ideas se extenderá más allá de las niñerías de las modas y del modo de condimentar las viandas; conoceremos las bellezas que producen las imaginaciones creadoras

de los poetas; no veremos la hermosa naturaleza con la indiferencia del salvaje y de la bestia; y no es difícil que haya quien, como Mistres Trolop, se alce á alcanzar el vuelo de los genios pintores, describiendo las costumbres y los paisajes de los pueblos.

"Y si la naturaleza no nos hubiere favorecido con el don de la fugaz belleza, ó cuando la mano del tiempo haya destruido los hermosos contornos de nuestro cuerpo, y no podamos agradar á la ligera juventud, que no busca otras cualidades en nosotras, no por eso seremos, como ella piensa, seres nulos y de ningún valor, no desapareceremos del mundo, no se nos definirá *una negación, un error de la naturaleza*: seremos, sí, una flor que no muestra á los ojos el brillo de los colores ni la elegancia de la figura, pero que exhala una fragancia balsámica, y que contiene excelentes virtudes curativas; seremos un fruto que, bajo áspera y ruda corteza, lleve deliciosos néctares y sabores que recrean y sustentan. Y si no nos vemos, como Penélope, rodeadas de importunos y románticos amadores, en cambio tendremos, como Ninón, un cortejo de sabios y personas más interesantes por su ilustración, que, en vez de cansarnos con estudiados requiebros, nos hagan ocupar el tiempo con más provecho.

"Sin educación, nuestra suerte, como veis y sentís, es siempre desgraciada; y cuando haya pasado nuestra juventud, nos veremos aisladas en medio de la tierra, destinadas, cuando más, al triste y ridículo papel de pedagogas que acompañemos á las jóvenes que van á lucirse á los espectáculos, donde bostezaremos en un rincón, reventando de envidia, y haciendo dolorosos recuerdos de un pasado que nunca ha de volver....!

"Reclamemos, repito, no la consagración de los principios de la Señorita Lenz, ni menos que se nos deje salvar los límites que nos puso la naturaleza, sino lo que se nos debe en conformidad con las miras de Dios, y que se evidencia en las facultades con que nos ha dotado. Si los hombres se alzan con el saber; si nos dan un *no ha lugar* á nuestra justa

demanda; si se obstinan en tenernos confinadas en la obscura región de la ignorancia....¡oh! entonces, miradlos como á vuestros tiranos, estad ciertas de que no os aman, y que, cuanto os digan por conquistar vuestros afectos, es sólo fingimiento, es seductora y detestable adulación."

Sofía SEYERS.

En vista de los conceptos del anterior artículo, de mucho avance para la época en que fué escrito, y en presencia de otros juicios análagos, formados por Reyes, reconociendo la excelencia de la democracia y la justificación y ventajas de los modernos progresos, ocurre preguntar ¿qué ideas tuvo, como filósofo y hombre de religión, sobre la vida moral de los individuos y la vida moral de los pueblos?

La democracia tiene por base el reconocimiento del derecho humano, en contraposición al derecho divino. O se rigen las sociedades en nombre de los decretos de Dios, revelados por una religión, cualquiera que ésta sea, ó se rigen en nombre de las leyes derivadas del conocimiento y apreciación de los derechos de la especie humana. En cuanto á los progresos del mundo moderno, han de ser considerados como productos de la ciencia: pero ésta, con sus enseñanzas, se muestra adversa á las imposiciones de la fe y del dogma. La ciencia discute; la fe no admite réplica. Los que entienden algo de Astronomía, de Geología y de Historia Natural, no hallan cómo armonizar las revelaciones de estas ciencias con las revelaciones de las religiones positivas, ya las profesen discípulos de Confucio, de Moisés, de Sakia, de Zoroastro, de Sócrates, de Jesucristo, de Mahoma, de Lutero ó de Calvino. Los que entienden algo de física y de química, no hallan el medio de aceptar el cumplimiento de los milagros; y los que entienden algo de las evoluciones jurídicas de los pueblos antiguos y modernos, no puenden conciliar las prescripciones del derecho humano con las prescripciones del derecho divino.

¿Qué pensó Reyes sobre estas materias que ofrecen terribles y aun pavorosos problemas? Siendo docto en ciencias y letras, ¿tuvo grandes dudas, grandes vacilaciones, y grandes luchas, en el fondo de su conciencia?

La respuesta es muy difícil, y no me atrevo á afirmar nada sino por vía de suposiciones. Sería en mí una especie de sacrilegio dar el voto decisivo de una conciencia que no me pertenece, y más de la conciencia de un sacerdote intacha-

ble y de un hombre versadísimo en la ciencia. Que de un modo asertivo Dios lo juzgue, y que, si hay verdadero escepticismo, la negación corresponda á mi falta de datos suficientes para poder decir: "esta fué la conciencia del sacerdote; estas fueron las sinceras convicciones del sabio."

Hechas tales salvedades, propias del honrado propósito del biógrafo que no falsifica ideas ni acciones, debo confesar: que supongo que Reyes creyó, como otros sapientísimos católicos y no católicos, encontrar la alianza de la tradición y del progreso moderno, la alianza del derecho humano y del divino derecho, y la alianza de la ciencia y del dogma. ¿Podrá haber tal alianza? Este es el problema que se resolverá en futuros y lejanos tiempos. Por lo que hace á Reyes, nada afirmo definitivamente sobre sus creencias íntimas; y por lo que hace á mí, sólo deseo tener la vasta ciencia de Litré, *de aquel santo que no oía misa*, ó la fe ciega de la última y más oscura vieja de mi pueblo. Todo esto quiere decir que dudo, y que hay en lo recóndito de mi alma grandes combates. La ciencia me ilustra, pero me deja un vacío; la fe me consuela, pero me impone una esclavitud. Algo hay, que es Bien Supremo, é imitando al poeta nacional de España, al caballero, trovador y cristiano, José Zorrilla, diré que voy, *no por mis viejos versos*, sino por mi vieja prosa, *á que me juzgue Dios.*

Apartándome del terreno vedado de la agena conciencia, y de las agenas creencias, hora es de que trate, no sin profunda tristeza, de los últimos años y término de la vida de Reyes.

Desde su regreso de Guatemala su casa fué el centro de las más amenas tertulias y de las más francas y dulces recreaciones. Su Señora madre, Doña María Francisca, encantaba por su talento, por su instrucción y por las agudezas de su ingenio: su padre, Don Felipe Santiago, agradaba por su bondad, por la sencillez de su carácter, y por las muestras de sus dotes musicales; y todos sus amigos y discípulos complacían por la ingenuidad del afecto, por la sinceridad

de la confianza, por las ocurrencias felices, por los donaires del festivo decir, y por todos aquellos mil y mil detalles, obras de la amistad y del cariño, que sólo pueden apreciarse cuando se tiene un hogar seguro, una madre que es una providencia, una conciencia tranquila, una inteligencia que comprende mucho, un corazón que ama intensamente, y un círculo de familiares y de amigos que, confundidos en un solo sentimiento, dan inspiración á la mente y dulce sociego al espíritu, y que aprisionan al jefe de la casa con cadenas de flores que hacen olvidar los duelos de lo pasado y las incertidumbres de lo porvenir. Tal era el hogar de Reyes, y así comprendo yo mi hogar.

Dichas humanas no pueden ser durables. Doña María Francisca murió repentinamente en Junio de 1847. Don Felipe Santiago, á causa de tan rudo golpe, quedó en profundo abatimiento, fué víctima de una enagenación mental, y terminó sus días en el año de 49. Otros individuos de la familia de Reyes pagaron, casi al propio tiempo, su tributo á la muerte, lo mismo que algunos de sus amigos más íntimos, entre ellos uno que había sido su discípulo querido, el virtuoso é ilustrado Sacerdote Don Agapito Fiallos. La que antes fuera casa de reuniones, de tertulias y de recreos producidos por la civilidad y por el arte, tornóse en mansión del silencio .....Si Reyes hubiese vivido en mis tiempos, habría dicho como Becker. "¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!"

Idos sus padres y sus mejores amigos, Reyes fué perdiendo las fuerzas de la salud y su genio comunicativo. La muerte le había arrebatado las más caras afecciones, y el sepulcro tiene sus voces para los hombres de corazón y de talento que saben oírlas. Vivía triste; su genio expansivo se disminuía, y todo hacía comprender que sentía la aproximación de su fin. ¡Qué dolorosa previsión para el hombre que siente, ama y piensa con toda su alma! ¡Dichosos los imbéciles que olvidan lo pasado! ¡Dichosos los estúpidos que no piensan en lo porvenir! ¡Dichosos, sí, los que sólo se fijan, por

instinto, en las satisfacciones del momento! Mas no; ésta no es una dicha. Qué se abrase el cerebro por el fuego del pensamiento; que se destroce el corazón á fuerza de sufrir; pero, con todo y todo, un instante de satisfacción al hombre pensador y sentidor, vale más que un siglo de la vida de un idiota, para la humanidad que vive y vivirá—pese á la ignorancia, pese al sibaritismo, pese á las brutalidades de la fuerza,—por las inspiraciones del corazón y del talento.

El estado psicológico de Reyes tuvo que ejercer influencia fatal en alguno de sus órganos, ó en alguno de los elementos esenciales que constituyen la vida. Era rico en sangre, y no pudo venir la anemia: tenía perfecto corazón, y no pudo venir la atrofia; tenía buenos pulmones, y no pudo venir la tisis; tenía un cerebro bien organizado, y no pudo venir ni el reblandecimiento ni la locura; tenía un hígado que no podía dar grandes secreciones biliosas, y no pudo venir una fiebre, ni el envenenamiento instantáneo ó lento de la sangre. ¿Qué tenía Reyes? ¡La vida en su corazón y en su cerebro! De aquí que se alternasen las funciones de su estómago, y esta fué la gran perturbación de su organismo. Reyes, pensando como teólogo, tal vez no pudo pensar como sabio, y si alguna vez amó con amor profano, contrapuesta estuvo su conciencia de sacerdote. Pudo haber, como dice Hugo, *una tempestad bajo un cráneo*, y ya que con sus rayos no pudo herir al fraile, pudo tal vez, destruir el estómago del hombre.

La enfermedad de que fué víctima se exacerbó, de un modo alarmante, desde principios de 1855. Los Doctores Don Máximo Soto y Don Hipólito Matute hieron esfuerzos para regularizar las funciones del órgano enfermo, pero sólo lograban dar al paciente cortas mejorías. En una de estas fuese á la capital de Comayagua, á visitar al Ilustrísimo Señor Obispo, Don Hipólito Casiano Flores, que había venido de consagrarse de El Salvador, y á quien acompañó en su primera misa pontifical. Regresó en Junio, y desde entonces no tuvo un día de alivio. Cediendo al voto de los facul-

tativos, fué á la vecina aldea de Soroguara, para probar si en el campo podía recobrar la salud. En fines de Agosto, volvió á la ciudad; pero ya tan enfermo y decaído, que apenas bendijo el agua el dia de San Ramón, y no pudo tomar parte en las alegres fiestas de Mercedes, que formaban uno de sus mayores encantos. A mediados de Septiembre tuvo ya que permanecer constantemente en el lecho, y preparó su espíritu para el eterno viaje, recibiendo los sacramentos del Presbítero Don Pío Gómez, reconciliándose en el tribunal de la penitencia con el Presbítero Don Yanuario Jirón, y haciendo, ante el Juez de 1ª Instancia, la expresión de su última voluntad. Reyes quiso irse de este valle de lágrimas en completa paz con Dios y con los hombres. (25)

Un pálido sol de invierno alumbraba escasamente el lluvioso día del 20 de Septiembre de 1855. La celebrada campana del reloj de la Iglesia Parroquial daba, á intervalos, lúgubres toques de agonía. Reyes estaba muriéndose; la ciencia era impotente, y el organismo del Recoleto benéfico iba á volver al seno de nuestra madre común, la tierra. Por los claustros del convento de la Merced, hoy universidad Central, discurrían hombres y mujeres de todas las clases sociales, ancianos, adultos y niños, con los ojos arrasados de lágrimas. Al fin sonaron las diez de la mañana, y...... en los brazos de los Sacerdotes y amigos que le acompañaban, Reyes exhaló, con la suavidad de un niño, su postrimer aliento. ¿A dónde fué? ¡Tal vez, para el naturalista, á formar la esencia bienhechora de una flor; quizás, para el astrónomo, á formar parte de un rayo de luz de una de las

---

(25) Como hombre de observación científica, comprendió bien que su enfermedad era incurable. Un amigo suyo decíale: "Usted recobrará la salud, debido á los cuidados de la familia y de los médicos." No, contestaba él, cuando un cuerpo se desorganiza, sólo puede esperarse la muerte. De lo contrario, serían casi inmortales los príncipes y reyes de Europa que cuentan con todos los recursos materiales, y con la ciencia de los mejores médicos del mundo."

más hermosas estrellas; ó acaso, para el creyente ortodoxo, á entonar un eterno canto, lleno de infinita ventura, entre los coros que reverencian y exaltan la majestad del Dios de los cristianos, del Dios de la justicia y de la misericordia!

Nunca olvidaré el luctuoso día 20 de Septiembre. Era un niño: erraba como todos, por los claustros, sintiendo una inquietud extraña; pero no lloraba, porque no tenía idea exacta de la muerte. Como á las once y media de la mañana, oyendo el fúnebre clamor de las campanas y los gritos de desesperación de los tegucigalpenses, ví á Reyes sentado en una silla, y á una Señora, Luisa Valdés, que le ponía en frente un aparato que me era desdonocido. Con la curiosidad propia de un niño, pregunté:—¿Qué está haciendo *tata* Padre, 26 y qué la Señora con el trasto que tiene enfrente? Me contestaron:—"El Padre está dormido y la Señora lo retrata." Comprendí lo primero, pero no lo segundo, y fuime, saltando, á buscar mariposas y flores. Yo no había visto muertos, así es que, enmedio de una inmensa desgracia, iba á tener sonrisas en presencia de las escenas de la vida, cuando debí derramar muchas lágrimas en presencia de la muerte.

Después cambié de idea. A pesar de las amenazas del cólera y de los horrores de la guerra, en que sucumbió, en los campos de Masaguara, el General José Trinidad Cabañas, en lucha desigual con Carrera, ví llegar á numerosas gentes del pueblo que habían huido, y que volvieron, arrostrando dificultades y peligros, para llorar en torno de la tumba de su bienhechor, del primero de los tegucigalpenses. Todos decían: "No hemos de volverle á ver." Mi madre decía lo mismo; y entonces comprendí lo que es la muerte, y entonces olvidé mis juegos infantiles y me puse á llorar. Conocí que mi antiguo amigo, el de la Iglesia de Nuestra Señora de la Concepción, ya no me apretaría la cabeza entre sus manos, ni me haría sonreir de alegría, con sus obsequios de flo-

---

(26) *Tata Padre* llamábamos al Padre Reyes todos los individuos menores de su familia.

res y de centavos para mis juguetes; y presentí que, en cambio, dejaba al niño un legado de tristísimos recuerdos y de acibarosas lágrimas. Bienaventurado seas tú que te fuiste tranquilo, padre de los pobres y de los niños, y que recibiste el puro llanto de mi infancia, como recibes hoy el amargo lloro de mi precoz vejez. En correspondencia de sentimientos que no finjo, -y perdona mi egoísmo, que es el santo egoísmo de un padre, te pido que, desde tu cielo, bendigas este pobre hogar; que des tu bendición á la compañera de mi vida, y á los pedazos de nuestra alma, á nuestros tiernos hijos. (27)

(27) No obstante el estado de guerra en que permanecía el país, se hicieron á Reyes exequias muy solemnes. Embalsamado su cuerpo, estuvo expuesto durante varios días en las principales Iglesias, en donde recibió flores y lágrimas de los tegucigalpenses. En el primero y subsiguientes aniversarios de su muerte, tuvo su memoria homenajes de amor, de respeto y gratitud; y, últimamente, el Gobierno decretó que se erigiese un monumento en recuerdo del fundador de la Universidad de Honduras. El monumento existe frente á la puerta principal de dicha Universidad. Reyes murió en la pieza que hoy ocupa el Archivo Nacional, y que da al traspatio del edificio. Sus restos están sepultados al lado Norte, en el presbiterio de la Iglesia Parroquial. Si alguna vez los hondureños construyen un Panteón para depositar las cenizas de sus grandes hombres, Reyes deberá tener puesto escogido y preferente, en el lugar destinado á recordar la vida y la muerte de los que fueron ilustres y benéficos, y á dar nobles estímulos, y nobles ejemplos, exaltando ante la posteridad los méritos de insignes varones que son legítimas y queridas glorias de la Patria.



APENDICE

Tegucigalpa, Septiembre 16 de 1878.

A Ramón Rosa

AMIGO QUERIDO:

Tu conversación familiar de anoche es un verdadero acontecimiento literario. Estuviste á tu altura, estuviste admirable. Un público selecto rodeaba tu trípode: público inteligente, espiritual y artista; público que conoció y amó á José Trinidad Reyes, el protagonista de tu conversación sublime; público que sintió, que se emocionó, que se poseyó del raudal de bellezas y armonías, y del encantador aticismo de tu conversación; público que te hizo justicia, y que te cubrió literalmente de aplausos; público de que debemos estar satisfechos todos tus amigos y todos tus admiradores: ¡y sin embargo! en la misma noche de ese tu gran triunfo, yo habría deseado que todos los literatos, que todos los aficionados á las letras en Centro-América, se hubiesen encontrado aquí para admirar el prodigio.

Sí, prodigio de talento y arte, prodigio de vena fecunda, chispeante y vigorosa, prodigio de atracción fascinadora, prodigio de esa elocuencia tan difícil, tan desusada, tan resbaladiza, tan inmanejable, y que podríamos llamar: elocuencia familiar.

Ah! nadie podrá olvidar todos los detalles, todos y cada uno de los detalles, los más insignificantes detalles de tu conversación; tu gesto tan apropiado y tan simpático, tu mirada, tus ojos fulgurantes y acariciadores: el metal de tu voz melodiosamente argentino, tu sonrisa entre juguetona y olímpica, todo tu conjunto de poeta y de artista, todo tu

conjunto real y verdaderamente oratorio. Ah! nadie podrá olvidar aquél: "Jamás olvidaré la imagen de aquel hombre venerable. A través de las espesas brumas del tiempo yo la conservo grabada en mi alma. Era un sacerdote de mediana estatura: su cuerpo robusto y la morvidez y suaves contornos de sus formas revelaban, á la simple vista, la virginidad de su organismo y de su alma: su cabeza, casi siempre inclinada, tal vez por el peso agobiador de las ideas, era grande, bien formada, cabeza escultural: su frente no era espaciosa, pero sus marcadas protuberancias decían, al hombre de ciencia, que era la frente de un pensador: sus cejas eran pobladísimas y, debido á una perenne contracción nerviosa del entrecejo, aparecían como una prolongada línea negra, interrumpida por pequeñísimos copos de esa nieve del invierno de la vida, que se llama las canas: sus ojos eran algo saltones, como si quisieran estar listos para recoger mucha luz; carecían de belleza, en la forma, pero su dulce mirada hacía transparente el fondo de la infinita ternura que encerraba su alma: su nariz era irregular, modelada por el tipo de la raza mestiza: sus labios eran gruesos y salientes, particularmente el labio inferior; de una á otra comisura, notábanse, en raro contraste, las líneas de la boca de Voltaire, el filósofo demoledor, con las líneas de la boca de Juan, el piadoso evangelista; ora jugueteaba en sus labios la picante sonrisa del epigrama, ora la dulce sonrisa expresiva de la mansedumbre, de la benevolencia cristiana para todos sus hermanos, los hombres. Tales facciones resaltaban en el fondo de su color trigueño, palidecido por las vigilias del estudio y por las meditaciones y por los éxtasis de la oración."

¡Qué maestra pincelada! "Notábanse, en admirable contraste, las líneas de la boca de Voltaire, el filósofo demoledor, con las líneas de la boca de Juan, el piadoso evangelista." ¿Quién no pudiera creer que arrebataste, en ese felicísimo momento, su paleta inmortal á Víctor Hugo? ¿Qué habría dicho de mejor el Isaías de la libertad, el primer poeta del siglo?

Amigo querido! La amistad es á veces exigente y tiene sus títulos. En nombre de esta patria á quien tanto amamos, en nombre del honor y la gloria de las letras Centro-Americanas, yo me atrevo á suplicarte que, recogiendo tus recuerdos, des á luz tu bellísima conversación.

En gracia de un público, á quien tanto deleitaste, y que habría podido esperar contento y arrobado, á que se levantase el sol del nuevo día, pendiente de tus labios, cortaste inopinadamente el vuelo de tu conversación, dejando de mostrarnos á José Trinidad Reyes orador, á José Trinidad Reyes poeta, á José Trinidad Reyes protector de las letras, y gran fundador de nuestra Universidad Nacional. ¿No sería un verdadero crimen literario mutilar ú ocultar una de las más bellas producciones del Ingenio Centro-Americano?

Al decir ingenio Centro-Americano he expresado una idea falsa y estrecha: he querido referirme á la majestuosa y brillante literatura hispano-americana, y á nuestra gran patria, la América.

Tu conversación familiar habría sido admirada y cubierta de aplausos en la docta Bogotá, como en la espiritual Caracas; en la ciudad de los Virreyes, como en la culta Santiago; en la ática Buenos Aires, como en la Troya americana; en México, como en Guatemala; en San José de Costa-Rica, como en San Salvador; en León de Nicaragua ó en Granada, como en Tegucigalpa. Tal es el genio de nuestra literatura, tal es el poder del verdadero talento.

Si desde que despuntaste en el horizonte de las letras y de la política Centro-Americana, has tenido todas mis simpatías y toda mi admiración, por inútiles que sean aquellas, y por oscura que sea ésta, de hoy en más, desde la inolvidable velada, con que celebramos el inmortal día 15 de Septiembre de 1821, tu nombre y tu gloria se han elevado; son para mí un nombre y una gloria americana.

Por el corazón y por el alma, tu hermano y amigo,

ADOLFO ZUNIGA.

Tegucigalpa, Noviembre 15 de 1878.

A Adolfo Zúniga

AMIGO QUERIDO:

Grande es mi reconocimiento por tu carta de 16 de Septiembre próximo pasado. En particular te doy las gracias más sinceras por el lenguaje de familia que has usado al escribirme. Las letras empiezan por relacionar á los que se aficionan á su cultivo, siguen por familiarizarlos, y concluyen por estrechar sus ideas y afectos con el vínculo de una verdadera fraternidad. Esto es lo que hoy pasa entre nosotros; y has tenido mucha razón en dirigirte á mí, haciendo uso de un lenguaje fraternal.

No acierto á decir qué predomina en tu carta; si sentimientos cariñosos, ó expresiones llenas de arte y de espiritual poesía; si benevolencia ó belleza. Sea de esto lo que fuere; por tu dicción tan pulcra, tan artística, tienes la adhesión del aficionado á las letras; y por tus apreciaciones tan bondadosas, tienes la profunda gratitud del amigo.

Un distinguido literato español, haciendo un merecido elogio de tu carta, acaba de decir que es tal el delicado sentimiento que inpregna tus escritos, "que haces sentir lo que tú sientes, y pedir lo que tú pides." Pues bien, amigo mío; me has pedido, en nombre de la amistad que nos une, que dé á luz la conversación familiar que, en la velada literaria del 15 de Septiembre, dediqué al inolvidable recuerdo del Doctor José Trinidad Reyes; y voy á satisfacer tus deseos, recogiendo mis apuntamientos y mis ideas, para publicar con las ampliaciones que me indicas, todo lo que dije en el estilo de la conversación, sobre la vida tan ejemplar y fecunda del hijo predilecto de Tegucigalpa.

Cuando mi lectura salga á luz, falta hasta del escaso colorido que le prestaran la acción y la declamación, tal vez se conceptúe que las honrosas apreciaciones tuyas y de otros amigos míos, son dictadas más bien por la amistad, que juzga con el criterio del sentimiento, que por la idea serena y desapasionada que se inspira en el mérito real de una obra. Cualquiera que sea el juicio que á este respecto se forme, yo lo aceptaré sin reserva. A mí me basta que la publicación de mis palabras familiares, del 15 de Septiembre, sea un homenaje á la memoria de uno de nuestros hombres más ilustres, y una satisfacción del deseo de un amigo, de tí, querido Adolfo, en quien aprecio dos cualidades eminentes que no siempre van unidas: un gran corazón y un gran talento.

Recibe las muestras que te doy de mi afecto, tan fraternal como invariable.

RAMÓN ROSA.

Los Angeles, Septiembre 22 de 1878.

SEÑOR DOCTOR DON RAMÓN ROSA.

Tegucigalpa.

Señor y amigo que aprecio:

En la velada del 15 tuve el placer de escuchar la conversación familiar de Ud. El aplauso unánime que dicha conversación ha recibido justifica su verdadero mérito. Sin embargo, séame dado felicitarle por el éxito completo que Ud. alcanzó, éxito que honra á nuestro país, y regocija la amistad sincera que le profeso.

El raro y difícil género de literatura que Ud. ha iniciado tan felizmente en nuestra sociedad, merece un voto de general reconocimiento. Ud. abre nuevos espacios á la inteligencia de la juventud, presentándole, á la vez, un modelo perfecto en que inspirarse.

Escuchada su conversación una sola vez, y entre la concurrencia que nos rodeaba, sólo estoy cierto de una cosa, de que fué bella, bella como esos diáfanos paisajes que en nuestras tardes de verano lucen en el Occidente: pero imposibles de analizarse por la rapidez con que se ocultan á nuestra vista embelesada. No obstante, conservo en la memoria varias partes de la conversación de Ud., sobre las cuales me tomaré la confianza de dirigirle algunas palabras.

Cuando Ud. habló de la Catedral de León, involuntariamente pensé en Víctor Hugo. Aquel gran poeta, ha descrito otra Catedral, y su brillante pluma arranca á las piedras, puede decirse así, un poema en honor del arte; pero él nada nos dice de lo que pasa en el interior de aquel majestuoso edificio. Ud., al contrario, nos lleva bajo sus bóvedas severas y sombrías, hace una mística descripción de sus rumores y de su silencio sublimes, y en el incienso y en los res-

plandores de sus luces incorpora Ud. nuestro espíritu para elevarlo á Dios. Permítame decirle que ambas descripciones son bellísimas, y que cualquiera de ellas podría unirse á la otra para formar una página inimitable y perfecta.

En su disertación sobre la poesía, Ud. hace como los lapidarios, embellecer el diamante con el diamante mismo. Las comparaciones de que Ud. se sirve para distinguir los géneros diferentes de poesía, son magníficas, y Castelar no las habría encontrado en su fecundo genio más originales ni más hermosas. *

Pero sobre todo, en la conversación de Ud., existe un recuerdo que, sólo él, bastaría para embellecerla. Tierna reminiscencia de la infancia, confidencia dulce y suave como las confidencias que nos ha hecho Lamartine. Así es la memoria que Ud. evoca de aquellas caricias que un anciano venerable prodigaba á su pequeño amigo. Pero al hablar de ésto, lo hizo Ud. con tan natural acento, con expresión tan verdadera, que á mí me pareció que no lo escuchábamos, sino que simplemente habíamos vuelto los ojos, y que veíamos de nuevo aquel anciano y aquel niño que todos conocimos. Y no hubo uno solo de los que allí estuvimos que en mi concepto dejase de comprender la hermosura de semejante cuadro. Cuando Ud. lo presentó cesaron los justos aplausos que repetidamente interrumpían su palabra, porque así debía suceder. Cuando habla el corazón el alma escucha, y el alma necesita del silencio para gozar en su emoción.

Además de la multitud de bellezas que brillan en su composición, ella expresa dos cosas magníficas: la gratitud de la infancia rebozando en el corazón del hombre, y el talento del literato haciendo justicia al genio. Por lo primero, Ud. estará liberalmente recompensado con las satisfacciones de su propia conciencia; y por lo segundo, la Patria le quedará

(*) He suprimido las comparaciones á que se refiere el Señor Gutiérrez, por dar cabida á detalles sobre la vida de Reyes, y á juicios críticos sobre sus obras.

agradecida cuando conozca la brillante Biografía que Ud. ha hecho del Doctor Don José Trinidad Reyes, uno de sus varones más ilustres.

Por lo que hace á mí, mezclo mi satisfacción á las satisfacciones íntimas del amigo, y uno mis agradecimientos á la gratitud de nuestro país.

Así debía terminar la presente carta; pero aún resuena en mi oído una palabra que, dictada, ya por la convicción ó la benevolencia, yo hubiera deseado apagar en sus labios antes de que su voz autorizada le diera vida. Ud. dijo que Ferrera fué sublime, y á la verdad, permítame Ud. expresarlo, yo no encuentro en la historia de aquel hombre ningún hecho que lo revista de tan alto calificatfvo. Subió al poder, haciéndose cómplice de una opinión funesta y suicida, opinión que un buen patriota habría muerto combatiendo. Cuando hizo la guerra á sus antiguos amigos, siempre fué vencido, debiendo haber triunfado siempre, tanto por el número, como por el espíritu de sus ejércitos. Cuando su Patria fué invadida, siendo militar, encomendó su defensa á otra espada y á otro carácter; y por último, cuando su ambición chocó con las dificultades creadas por él mismo, cayó sin gloria por las intrigas de un viejo político, menos inteligente que malicioso.

Hombres sublimes! Morazán hundiéndose en la tumba asido al pabellón majestuoso de la Patria, y Gerardo Barrios, luchando con un puñado de leales, contra muchedumbre de enemigos. Acordémonos que ambos regaron con su sangre generosa aquel cadalso constantemente inmóvil en los campos de la reacción, y de cuya causa fué Ferrera el principal apóstol.

Perdone Ud. Yo sé que es difícil retirar una palabra; pero Ud. sabe también que es imposible renunciar á una opinión.

Como siempre, tengo el placer de repetirme de Ud., su más atento servidor y sincero amigo.

E. GUTIERREZ.



Tegucigalpa, 29 de Septiempre de 1878

SEÑOR GENERAL DON ENRIQUE GUTIÉRREZ.

Los Angeles.

Distinguido amigo mío:

No siempre la justicia se hermana con la benevolencia. De ello, querido amigo mío, me da Ud. un testimonio en su cariñosa carta del 22 del corriente, en la que me felicita por la lectura que, sobre la vida y obras del Presbítero Doctor José Trinidad Reyes, dí en nuestra Universidad, la noche del 15 de Septiembre último, aniversario de la independencia de la Patria.

Ud. no ha sabido tener equidad para conmigo, al tenerme en altísimo concepto; y voy á reparar su injusticia haciéndole un caro recuerdo, en que hay mucho de grato y mucho de doloroso. Su virtuosa madre, á quien quise con entrañable amor, Doña Margarita Lozano, noble viuda del Héroe de Jaitique, tomaba siempre por gracias mis mayores travesuras de muchacho. Ud., á la ley de buen hijo, que guarda y perpetúa los afectos de sus mayores, toma por obras de gran talento las producciones mías, y hasta llega á compararme con los genios. *Quien lo hereda no lo hurta.* Le perdono, pues, sus juicios tan subidos porque los creo sinceros, y porque son el reflejo de la luz pura del alma de aquella santa mujer, toda bondad, toda ternura, que me prodigó su cariño, casi maternal, y que ha dejado á Ud., su hijo predilecto, el legado de su grande y generoso corazón.

Ud. que es sentidor, y que en guerra ó en paz, ya empuña la espada, ya maneja la pluma, que para mí es de oro, convendrá conmigo en que hay expresiones de la amistad comparables á muy estrechos y apretados abrazos; compla-

cen y oprimen. Y esto viene á propósito de su carta. Me ha dado un gran placer, por el sentimiento bondadoso que la dicta: pero en el inmerecido elogio que contiene, me ha causado cierta opresión del alma.

Experimentando tal sensación, no le diré ya más sobre sus apreciaciones, que asaz me honran. Le he dicho que no ha sido equitativo, y esto basta para descargo de mi conciencia. Que otros juzguen, con la frialdad de un criterio extraño al sentimiento, de la exactitud ó inexactitud de los benévolos juicios de Ud., en alto grado lisonjeros para mi persona.

Al finalizar su carta Ud. añade que habría deseado apagar en mis labios la palabra *sublime* con que califiqué al *Sacristán* de San Juan de Flores, al *mulato de hierro*, al General Francisco Ferrera. Quisiera retirar la palabra, si á ello diesen lugar mis convicciones; pero me es imposible, aún atendidas las observaciones de Ud., que me parecen inspiradas, un tanto, por el espíritu de partido. El oscuro mulato que, sin escuela, sale de una sacristía para combatir á los invasores de su patria, y que con *diez reclutas* detiene la fuerte vanguardia de un ejército enemigo, y que por esto merece los elogios de su mismo adversario, el egregio Morazán: el mulato que, con su valor personal, como Jefe Político, pone á raya los desórdenes de Tegucigalpa, aniquilando la sociedad de perturbadores criminales, llamada la *mancha brava*, congénere de la *Garduña* de España: el mulato que sube al Poder Supremo de su país, que se sostiene en su puesto, á despecho de los rudos embates de sus adversarios, de dentro y fuera de Honduras, y que llega á ejercer influencia decisiva en los destinos de Centro-América: el mulato que, por una visión de su genio, indica, por vez primera, la conveniencia y la ruta de nuestro ferro-carril interoceánico: el mulato que, al fin, desoyendo las seductoras voces de la ambición de mando, busca el ostracismo, y da lugar á la tan decantada *alternabilidad del Poder;* tal mulato, amigo Gutiérrez, fué un *mulato de hierro;* tal sacristán, fué *un sacristán sublime!*

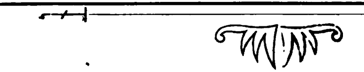
Comprendo la razón de la sin razón que Ud. tiene para detestar á Ferrera y á los suyos. Ud. pertenece á la escuela, á que yo no pertenezco, de los federalistas del tiempo de nuestro heróico General Morazán: Ud. es hijo del *niño dulce*, en los salones, como llamaban en Guatemala al Coronel Gutiérrez, del luchador terrible en los combates, que murió gloriosamente en Jaitique: Ud., así como tiene herencia de afectos imperecederos, tiene herencia de prevenciones y de rencores. Para bien de nuestro país olvide Ud. un poco *el exclusivismo liberal* de sus ilustres ascendientes, así como yo olvido *el duro españolismo* de mis mayores que quizá presintieron, para *este territorio semipoblado*, el ruin imperio de las *canallocracias*, en lugar del imperio generoso de las democracias.

No tome á mala parte cuanto le digo, ni menos se resienta con quien tanto le aprecia y le quiere. Mi acariciado deseo es que estemos de acuerdo. Las banderías políticas, que no dan á cada uno lo que es suyo, nos matan. La influencia que tengo en el Poder la ejerzo para extinguir odios, anular parcialidades disolventes, y en su reemplazo, crear y vigorizar, por la riqueza y la instrucción, grandes elementos sociales, grandes elementos económicos, grandes elementos administrativos que, andando el tiempo, den cabida, en nuestra Honduras, á la organización de *verdaderos partidos políticos*, que tengan consistencia y dignidad en lo interior, y que, cuando el caso lo requiera, hagan valer ante el exterior los intereses y derechos de la Patria. Le repito que el exclusivismo político nos anonada: y quiera Dios no llegue un día en que Ud., hombre de armas y hombre público, se vea en su pueblo sin recursos intelectuales, morales y materiales, siquiera sea para sostener su propia dignidad y la honra de sus connacionales. Si estoy equivocado, los tiempos, que están por venir, vendrán á darme una completa rectificación. Hondureño, ante todo, lo olvido todo por pensar en la suerte de mi pueblo, trabajando porque sea la más próspera y feliz.

Me he extendido demasiado en hacerle rectificaciones. Desapruébelas ó deséchelas, si así le parece; pero no olvide que, desde aquí, desde este *Cerro de plata,* envío á Ud., á su buena Raquelita y á sus hijos, mis más cariñosos recuerdos que, en ese Valle, no en vano llamado de Angeles, al calor del hogar tranquilo, espero que los estimen como nacidos del corazón de su invariable y apasionado amigo.

RAMÓN ROSA.

NOTAS



NOTA A

PAGINA 20

No conocemos las fuentes en que bebió el Dr. Rosa para afirmar: 1º, que por medio del Presbítero Don Jorge Viteri y Ungo se hizo en Roma, el año de 1840, el arreglo en virtud del cual fueron nombrados: "Arzobispo auxiliar de Guatemala, el Dr. Don Francisco de Paula Peláez: primer Obispo del Salvador, el comisionado Señor Viteri; y Obispo de Honduras, el Padre Reyes:" 2º, que el General Francisco Ferrera, Presidente del Estado, que llevaba entre ojos á Reyes por sus ideas independientes, empleó el artificio indigno de hacer llegar al Vaticano la falsa noticia de que Reyes había muerto, por lo cual, el Papa Gregorio XVI, creyendo cierta la noticia y en vista de la nueva terna que le remitió el Gobierno de Honduras, nombró Obispo de la Diócesis al Presbítero don Francisco de Paula Campoy y Pérez; y 3º, que cuando éste regresó de Guatemala á Comayagua, en 1845, el Padre Reyes se hallaba allá, en calidad de detenido por orden del General Ferrera.

Sin embargo, siendo del dominio de la historia los hechos relatados por el Dr. Rosa, y envolviendo, además, cargos graves contra el Jefe del Estado, necesitan comprobación para merecer el asentimiento de la opinión imparcial. Con el fin de establecer la verdad de tales aseveraciones, la hemos investigado diligentemente; y del estudio de los varios documentos que hemos tenido á nuestro alcance, resulta lo que pasamos á referir.

No es exacto que el Señor Viteri haya estado en Roma en 1840 ni que entonces se haya hecho el arreglo antes refe-

rido. El 6 de Abril de 1841, el Gobierno de El Salvador comunicó al de Honduras que, autorizado por el Congreso Constituyente para hacer preces á la Santa Silla Apostólica, con el fin de erigir á los pueblos de aquel Estado en Diócesis independiente de su antigüa Metrópoli, había nombrado al Presbítero Jorge Viteri su representante cerca de la misma Santa Sede con el objeto indicado y el de que se proveyese de su primer Obispo; y estimando que los demás Estados tendrían, en su régimen eclesiástico, necesidades tales que fuese preciso ocurrir á la fuente que debía de remediarlas, excitó al Gobierno de Honduras para que, si lo creía conveniente, confiriese al nombrado sus poderes, en cuanto juzgara interesarle.

El último del mes referido (Abril el Gobierno contestó aceptando la excitativa y dispuso ponerla en conocimiento del Chantre D. José Nicolás Irías, á la sasón Provisor de esta Diócesis, para que si á su vez lo juzgaba conveniente, hiciera la propuesta que en 1839 pidió el Nuncio de Su Santidad, entonces residente en Bogotá. El Señor Irías, que en aquellos días residía en San José de la Boca del Monte, manifestó al Gobierno, en nota de 3 de Junio, que en su concepto era necesaria la representación de estos Estados católicos en la Corte Romana, y que en tiempo oportuno haría, de acuerdo con el Señor Presidente, la propuesta de Obispo, y daría sus poderes al representante de El Salvador para que impetrara de S. S. las gracias espirituales en beneficio de estos pueblos.

Aceptada por el Señor Viteri la misión que Honduras le confió, se dirigió al Gobierno pidiendo que se formara la terna para Obispo de esta Diócesis y que lo facultara para pedir el nombramiento, haciendo advertencia de que la información de vida y costumbres debía seguirse por el Metropolitano de Guatemala, y expresando el deseo de que el Gobierno, por su parte, también presentara su terna. El Poder Ejecutivo recabó del Provisor Irías los documentos necesarios; y éste, en resolución de 24 de Enero de 1842, fa-

cultó al Presbítero D. Pedro Boquín para formarlas. En seguida, el 18 de Febrero del mismo año 1842 dictó un acuerdo disponiendo: 1º que se remitiera al Enviado Señor Viteri la terna é información que presentara el referido Señor Boquín: y 2º que, para el caso de que ésta adoleciese de algún vicio y en obsequio de los deseos expresados por el Enviado, se remitiese también al Metropolitano una nómina que comprendiera los candidatos siguientes:

Señor Chantre Nicolás Irías, actual Diocesano,
Señor Doctor José María Castilla, Canónigo de la Iglesia Metropolitana de Guatemala.
Señor Dean Vicente Linares, Dignidad de la Iglesia Catedral de León.
Señor Bachiller Mariano Castejón, ex-Vicario General de este Obispado.
Señor Presbítero J. Trinidad Reyes, Vicario departamental de Tegucigalpa.
Señor Presbítero Francisco de Paula Campoy, Vicario departamental de Gracias.

Este acuerdo se comunicó inmediatamente al Señor Dean Antonio Larrazábal, Vicario Coadjutor de la Iglesia Metropolitana de Guatemala, á quién se autorizó para que entre los individuos de la nómina eligiera los que debían de proponerse; para que instruyese, en apoyo de los elegidos, la correspondiente información de idoneidad; y para que, concluidos todos los documentos, los pusiese en manos del Señor Viteri, si aún estuviese en Guatemala, ó los devolviese en caso contrario. Al mismo tiempo el Gobierno avisó á su Enviado que el Metropolitano le entregaría la propuesta del Poder Ejecutivo, formada con la mira de evitar los embarazos que pudieran presentársele en el desempeño de su misión, pero sin perjuicio de la que le enviaría el Diocesano.

El Comandante de Omoa comunicó al Gobierno que el 6 de Mayo había arribado á aquel puerto la goleta Guatemala, procedente de Izabal, en la cual iba de viaje el Señor

Viteri, por donde se ve que éste había salido de la ciudad de Guatemala en Abril anterior. En presencia de tal noticia, el Gobierno envió á su Comisionado en Belice—Dr. Manuel Muñoz—el expediente instruido por la autoridad eclesiástica de Honduras, en que se proponían las personas que podían obtener el Obispado: dicho expediente había sido devuelto por el Metropolitano en virtud de haber llegado á Guatemala fuera de tiempo, cuando ya el Señor Viteri había partido; y se dió comisión al Señor Muñoz, para que lo pusiera en manos del Enviado, en razón de que ambos se habían dirigido á aquel establecimiento británico.

El Señor Viteri llevaba la representación de los Gobiernos de Guatemala, Honduras, El Salvador y Costa-Rica ante el Pontificado, y fué recibido en audiencia pública por S. S. Gregorio XVI, en el palacio del Quirinal, el 26 de Agosto de 1842, según lo asevera D. Lorenzo Montúfar en su "Reseña Histórica de Centro-América," Tomo IV, página 171. Desde aquella ciudad dirigió dos comunicaciones al Gobierno de Honduras, datadas el 1º de Septiembre y el 1º de Octubre de dicho año. Informaba en la primera que había nombrado para Secretario de la legación á su hermano político D. Manuel Urioste de la Herrán, á quien encomendaría la conclusión del negocio para el caso de muerte ú otro impedimento: que después de muchas dificultades, al fin había sido reconocido su carácter y se habían aceptado sus gestiones: que el nuevo Obispo de Honduras, quizás sería preconizado en el próximo Consistorio: y que el único obstáculo serio que en tal estado le hacía temer el malogro de los deseos del Gobierno, era la falta absoluta de fondos para pagar la expedición de las Bulas, para lo cual se necesitarían setecientos pesos. En la segunda comunicaba que desde su nota anterior de 1º de Septiembre, S. S. había hecho *in pectore* la elección de Prelado para esta Diócesis, [sin indicar quien era el electo]; y que el Obispo sería preconizado en el próximo Consistorio de Noviembre, tiempo en el cual esperaba haber ya recibido los fondos que el Gobierno había

ofrecido para ayudar á los gastos crecidos de su viaje y los de la expedición de las Bulas.

En la terna propuesta, figuraban los Presbíteros Castilla y Castejón, antes referidos; pero el primero había sido promovido del Obispado de León de Nicaragua, y el segundo había fallecido en Comayagua, el 18 de Julio de 1842, siendo Presidente de la Asamblea Legislativa. Por estos motivos [así explicados] el Gobierno, en nota de 17 de Septiembre del mismo año, autorizó al Señor Viteri para que llenase la falta de los dos candidatos mencionados con los que él tuviese por bien.

Mas tarde, el 13 de Septiembre, murió en su retiro el Provisor José Nicolás Irías. Antes de morir confirió el nombramiento de Provisor interino de esta Diócesis al Presbítero Francisco de Paula Campoy. Este nombramiento fué aprobado por el Gobierno y confirmado por el Gobernador de la Iglesia metropolitana y por el Señor Arzobispo Fray Ramón Casaus. El nuevo Provisor se trasladó á Comayagua, á donde llegó el 9 de Diciembre de 1842.

El 31 del mes últimamente citado, el General Ferrera, considerando terminado su período presidencial—de 2 años según la Constitución entonces vigente—depositó el Poder Ejecutivo en el Consejo de Ministros, formado por los Señores Juan Morales, Julián Tercero y Casto Alvarado. En este estado de cosas llegaron á Comayagua las dos comunicaciones del Enviado Señor Viteri, antes referidas. En su vista, el Consejo de Ministros aprobó los actos de dicho Enviado y dió órdenes para el pago de los $ 700.00 necesarios para la expedición de las Bulas; pero teniendo en consideración que los Señores Irías y Castejón, candidatos propuestos en la terna presentada á S. S. el Papa habían fallecido, y que el Señor Castilla había sido nombrado Obispo auxiliar de Guatemala; y estimándola inválida por estas razones—puesto que la terna de hecho no existía—acordó pedir al Gobierno eclesiástico su reposición. Formada la nueva terna, fué remitida convenientemente documentada al representante de Hon-

duras para que la presentara al Sumo Pontífice, recomendándole, en nota de 1º de Febrero de 1843, los méritos y virtudes del primer propuesto, Señor Campoy. Al mismo tiempo, el Gobierno informó de todo lo dispuesto y practicado acerca del particular de que se trata, al Señor Arzobispo Casaus, expresándole también sus deseos de que el informe que emitiese fuera favorable al mencionado Señor Campoy.

La Diócesis de San Salvador fué erigida en Bula de 4 de Octubre de 1842, y el Señor Viteri fué nombrado su primer Obispo. El 29 de Enero de 1843 fué consagrado como tal en Roma, y en seguida emprendió su regreso á Centro-América, como lo había anunciado. Estando en París, recibió la nueva terna que el Gobierno le había enviado: de allá la remitió á Roma con el expediente adjunto, é hizo á S. S. las preces correspondientes manifestando los deseos del Gobierno respecto del Señor Campoy. El Papa aprobó el proceso canónico instruido últimamente en Comayagua, y todo quedó preparado para el nombramiento del Prelado Diocesano. Así lo informó el Señor Viteri en nota de 6 de Agosto de 1843, datada en Trujillo, en donde tocó de regreso de Europa, refiriéndose á otra del Señor Urioste de la Herrán, fechada en Mayo, quién también anunciaba que en Junio de aquel año sería preconizado el Obispo. Sin embargo, la preconización no se hizo sino en el Consistorio celebrado el 27 de Enero de 1844, y la Bula en que se nombró al Señor Campoy para Obispo de Comayagua fué dictada el 8 de Febrero siguiente, haciendo al nombrado la gracia de dispensarle el grado de Doctor, que entonces era requisito esencial para ascender á tan alta Dignidad.

Hemos referido hasta en sus mínimos detalles todo lo ocurrido en el largo proceso que precedió al nombramiento del Señor Campoy, para que pueda juzgarse con criterio sereno la conducta del Presidente del Estado, General Don Francisco Ferrera. Nada de incorrecto se encuentra en ella, y menos aún que abrigara prevenciones contra el Padre Reyes, persona por quien tuvo alta estimación y á quien, por

el contrario, propuso como candidato para Obispo de esta Diócesis. Tampoco resulta evidente de todo lo relacionado, que se haya conferido al Señor Reyes el nombramiento que por modo tan positivo refiere el Dr. Rosa. Tal nombramiento no pudo hacerse sino antes que el Señor Viteri recibiera en París la última terna que se le envió de Comayagua, y siempre en Bula del Pontificado; pero el hecho no aparece afirmado por el Enviado de Honduras ni por el Señor Urioste de la Herrán: lo cual da motivo para pensar que, ó la noticia que al respecto circuló en Tegucigalpa fué errónea, ó que acaso sólo hubo la intención, si bien no llevada á efecto, de agraciar al Padre Reyes con el Obispado de Comayagua, de que, por otra parte, era muy digno. Es lo que queda en pie hasta que nuevos documentos no prueben lo contrario; pero en todo caso, la memoria del General Ferrera quedará limpia de las sombras que arroja sobre ella la intriga ignominiosa que se le atribuye, no siendo quizás otra cosa que grosera invención de las tristes revueltas de 1844.

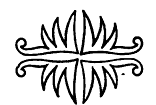
Nosotros también incurrimos en el mismo error del Dr. Rosa, cuando en ocasión solemne afirmamos la designación del Padre Reyes para Obispo de Comayagua y la intriga indecorosa que, se supuso, le había privado de aquel honorífico cargo. Nuestro error provino de los datos que entonces se nos suministraron, y que aceptamos sin examen; bien que tampoco tuvimos tiempo para comprobarlos. Pero hoy que hemos estudiado detenidamente el punto, nos complacemos en rectificar nuestro juicio anterior: rectificación en que persistiremos mientras hechos bien justificados no vengan á destruir la convicción que al respecto hemos expresado precedentemente.

Por lo que respecta á la detención del Padre Reyes en Comayagua, de orden del General Ferrera, es otro hecho sin comprobación, la cual es tanto más necesaria cuanto que el biógrafo omitió explicar el motivo de semejante violencia.

Cuando el señor Campoy regresó de Guatemala y llegó á Comayagua el 18 de junio de 1845, ya el General Ferrera no era Presidente del Estado, sino D. Coronado Chávez. No es verosímil que este alto funcionario, sea por determinación propia ó sugestionado por el ex-Presidente Ferrera [si así quisiera suponerse], hubiese ordenado tan severa medida sin graves motivos, siquiera fuesen políticos; y debemos suponer que tampoco pudo darlos el Padre Reyes, en las críticas circunstancias de aquellos días.

Hemos indagado la verdad de tal especie, y, ciertamente, no hemos encontrado documento en qué apoyarla: tampoco existe en esta ciudad tradición alguna que la confirme. Muy al contrario, el testimonio de los familiares más propincuos del ilustre Sacerdote, y el de personas que le trataron de cerca—y que aún viven—son contrarios á la aseveración de que venimos hablando.

Por otra parte, el General Ferrera y el Padre Reyes cultivaron estrechas y casi familiares relaciones: la amistad sincera que los ligaba resplandece en una serie de cartas cruzadas entre ambos, y que, entre otras personas, leyó, hace algún tiempo, un distinguido y honorable jurisconsulto de esta capital. Todavía en 1847, el General Ferrera dió muestras del afecto que profesaba al Padre Reyes, dedicando una sentida composición poética al fallecimiento de la madre de su amigo, la virtuosa matrona Doña María Francisca Sevilla. Estas circunstancias—cuya certidumbre no es dudosa—demuestran la inverosimilitud de la animosidad que se atribuye al ex-Presidente Ferrera respecto del Padre Reyes, cuya detención en Comayagua, repetimos, no está comprobada.



NOTA B

PAGINA 44

No hemos podido alcanzar cómo se escapó á la ilustración del Dr. Rosa la paternidad de la paráfrasis del cántico de la Virgen María: *Magnificat, anima mea Dominum,* siendo, como era, versadísimo en la literatura española; su autor es el renombrado literato venezolano D. Heriberto García de Quevedo, continuador del Poema religioso "María," del dulce poeta don José Zorrilla, como puede verse en las Obras de este, tomo III, página 105. El Padre Reyes la interpoló en su *pastorela* de Olimpia, sin propósito alguno de apropiársela. El mismo explicó modestamente á varias personas de esta ciudad-quienes aún lo refieren así—que tanto por parecerle hermosa por extremo la versión de García de Quevedo, como porque él no la habría hecho mejor, había preferido intercalarla en la *pastorela* referida, cuya representación próxima, además, ya estaba ofrecida. El hecho fué apuntado antes de ahora por don Rómulo E. Durón en su obra "Honduras Literaria," en el esbozo biográfico del Padre Reyes. Por los mismos motivos, éste puso en boca de uno de los interlocutores de la composición bucólica prenotada, los bellos versos de García de Quevedo, en que el Angel anuncia á los pastores el nacimiento del Mesías, de la manera siguiente:

No temáis, pastores......
....
....
concluyendo así:

"Y entre blancas nubes
Subiendo á los cielos,
Más y más remotos
Se fueron oyendo
De aquellos cantares
Los límpidos ecos."

PEDRO J. BUSTILLO.











